

DOS  
TOMOS

I



DRPS  
FA  
807

UNIVERSITAT D'ALACANT  
Biblioteca Universitaria



0500770454



DOS  
TOMOS  
I

Ex Libris



Russell Perry Sebold III

FL DRFG FA/0807 V-1

0500770454

DOS MUGERES.

POR

LA SEÑORITA DE AVELLANEDA.

TOMO I.

MADRID, 1842.

Gabinete Literario,

CALLE DEL PRINCIPE, N. 25.

LIBRERIA DE AVELLANEDA  
A su respetable amigo el Sr. D.

Juan Vicasio Gallego.

Gertrudis Gomez de Avellaneda.

MADRID, 1812.

Establecimiento Literario.

CALLE DEL PRINCIPAL, N. 23.

PROLOGO.

Si la benévola acogida con que el público de Madrid ha concedido á la novelita intitulada *Sab*, impusiese solamente á su autora la obligacion de presentarle otra obra de mas estudio y profundidad, acaso no se atreveria á dar á la prensa su segundo ensayo en tan difícil género, desconfiando de llenar debidamente aquella obligacion. Pero como quiera que no cree menos imperioso el deber de ofrecer á tan indulgente público un testimonio de su gratitud, y no alcanza otro que el de presentarle sus ligeros trabajos, se determina á publicar la presente novela, sin creerse en la precision de hacer alarde de una falsa modestia,

rebajando el mérito que pueda tener, ni menos atribuirle alguno de que acaso carezca.

Dirá únicamente que la presente obrita no pertenece al género *histórico descriptivo* que inmortalizará el nombre de Walter Scott; ni tampoco á la *novela dramática*, por decirlo así, de Víctor Hugo. No hay en ella creaciones, tales como el Han de Islandia y Claudio, ni ha intentado la autora desentrañar del secreto del corazón humano el instinto del crimen. Mas humilde y menos profunda, se ha limitado á bosquejar caracteres verosímiles y pasiones naturales; y los cuadros que ofrece su novela, si no son siempre lisongeros, nunca son sangrientos.

A los críticos abandona los defectos numerosos que deben contener estas páginas como obra literaria, y previene cualquiera interpretación li-

gera ó rigurosa que pueda deducirse de su lectura, declarando que ningún objeto moral ni social se ha propuesto al escribirlas.

La autora no se cree en la precisión de profesar una doctrina, ni reconoce en sí la capacidad necesaria para encargarse de ninguna misión de cualquier género que sea. Escribe por mero pasatiempo, y sería dolorosamente afectada si algunas de sus opiniones, vertidas sin intención, fuesen juzgadas con la severidad que tal vez merece el que tiene la presunción de dictar máximas doctrinales.

gera d' rigurosos que puros deducidos  
de su lectura , declarando que ningun  
objeto moral ni social se ha propues-  
to al escribirlos .

La autora no se cree en la preci-  
sion de profesar una doctrina , ni re-  
conoce en sí la capacidad necesaria  
para encargarse de ninguna mision  
de cualquier género que sea . escribe  
por mero pasatiempo , y seria doloso-  
amente aludada si algunas de sus  
opiniones , verdades sin intencion , fu-  
sen tomadas con la seriedad que tal  
vez merece el que tiene la presuncion  
de dictar máximas doctrinales .

corrompan , es el mejor medio de  
prepararlo , es un deber mariano .  
A la verdad , hermanos , que discor-  
ros con un acierto .

—Lector , tu interpretas mal las  
labras con una mala voluntad que me  
pasara . ¿ Qué trata de arrojar a  
Carlos , como dice Ud . para que lo  
pervertan y corrompan . No puedo  
ser hijo de la corte recomandado a  
tantos apocriticos y prudentes , que  
lo alaban de todo en sus libros .

**T**e repito por centésima vez , her-  
mana , que es absolutamente preciso  
que mi hijo conozca un poco el mun-  
do antes de contraer empeños tan so-  
lemnes como los del matrimonio .  
—Sí , porque arrojar á un pobre  
muchacho de veinte años , que sale  
de un colegio , en esa Babilonia de  
Madrid , para que le perviertan y



corrompan, es el mejor medio de prepararle á ser un buen marido. A la verdad, hermano, que discurre con un acierto!

—Leonora, tú interpretas mis palabras con una arbitrariedad que me pasma. ¿Quién trata de arrojar á Carlos, como dices tú, para que le perviertan y corrompan? No puede mi hijo ir á la corte recomendado á sujetos apreciables y prudentes, que le sirvan de guía en esa que tu llamas Babilonia? Además, en Madrid como en Sevilla hay bueno y malo: no sé porque se ha de suponer que todo el que vaya, habrá de pervertirse forzosamente. ¡Tienes unas preocupaciones tan injustas y tan tenaces!

—Y tú unos caprichos tan inconcebibles!.... Con que en fin, Francisco, estás resuelto, á pesar de las

repetidas reflexiones que te hago, á enviar al chico á Madrid apenas llegue á Sevilla?

—No digo yo que sea precisamente apenas llegue á Sevilla, no por cierto. Hace ocho años que no veo á Carlos y....

—Gracias á la loca mania que tuviste de querer hacer de tu hijo un revolucionario, un hereje, un francés. No fué ciertamente mi dictamen el que seguiste cuando enviaste á Carlos á tomar lo que tú llamas una brillante educación, á un colegio de Francia: de esa nueva Nínive, de ese centro de corrupción, de herejías, de....

—Por el amor de Dios, hermana, suspende tus calificaciones y déjame concluir lo que iba diciendo. Repito que hace ocho años no veo á mi

hijo y que es natural desée tenerlo á mi lado algunos meses antes de volver á separarme de él. Pero despues, es cosa decidida, despues irá á Madrid, irá á tomar ese bañito de corte que sienta tan bien á un jóven de su clase, y que en nada, asi lo espero, podrá perjudicar á sus sentimientos y buenas costumbres. Hermana Leonor! ningun Silva ha sido pícaro ni libertino, y yo juro, vive Dios, que no será Carlos el primero.

—Pero ¿qué necesidad tiene Carlos de ese bañito de corte, como tú dices? Porque se quede tranquilo en su patria al lado de su padre y de su esposa, cuidando de sus intereses, que á Dios gracias son considerables, será menos caballero, menos estimado de sus compatriotas? ¿Pierde algo con no ir á Madrid?

—Si, señora, porque este paseo, que por otra parte no será largo, le proporcionará revivir útiles relaciones, que yo tengo muy descuidadas: podrá, por medio de ellas, vestir el distinguido hábito de Carlos III que yo obtuve á su edad, pues mi hijo no ha de ser menos que yo; se dará á conocer y cultivará la amistad de su primo que es capellan de la Reina, anciano valetudinario y poderoso, que no tiene parientes mas próximos... en fin, suponte que ninguna ventaja resulte de este viaje, yo lo quiero y esto basta.

—Esa es la razon que tú acostumbrabas oponer á todas las que yo te presento para apartarte de alguno de los proyectos desatinados que formas cada dia. A la verdad, hermano, que á los cincuenta y cuatro años

eres mas loco que fuiste á los veinte.

—Y tú mas tenaz y dominante á los cincuenta que á los diez y ocho, cuando te casaste con aquel pobre hombre á quien echaste á la sepultura á fuerza de impertinencias. Estas beatas ó devotas son mas temibles que una legion de demonios.

—Hermano Francisco!

—Hermana Leonor!

—Tú te escedes.

—Tú me precipitas.

En el momento en que el debate de los dos hermanos llegaba á esta línea peligrosa que divide el terreno de la discusion y el del agravio, abrióse sin ruido una puerta vidriera cubierta de cortinas de tafetan verde, y asomó por ella una rubia y angélica cabeza digna del pincel de Urbino ó del Corregio.

—Qué es esto, mi querida mamá? ¿qué tiene vd., mi amado tio? están vds. riñendo? ¡Ah! y yo me aflijo tanto siempre que tienen Vds. estas disputas que terminan por enfadarse!

Al oír estas palabras, pronunciadas con un ligero y gracioso acento andaluz por una voz musical, desarrugose la frente de don Francisco de Silva, y una sonrisa de orgullo maternal asomó á los pálidos labios de doña Leonor que un momento antes temblaban de cólera.

—Ven, Luisita, exclamó la buena señora, removiéndolo en un ancho sillón de damasco eucarnado con galon de plata, su cuerpo enjuto y acartonado. Ven y tráeme agua de colonia, eter, cualquier cosa, porque me siento muy mala. ¡Ay, Dios

mio, qué flato! estas cosas me asesinan.

—Hermana, dijo don Francisco mirándola con inquietud, yo siento mucho... pero tú me insultas de un modo...! en fin, olvídense esto; si te he ofendido perdóname. Ya sabes mi genio... soy una pólvora... pero repito que me perdones.

Mientras el caballero tartamudeaba estas palabras, sintiendo sinceramente la indisposición de su hermana, aunque debía estar acostumbrado á tales escenas que eran demasiado frecuentes, Luisa salió del gabinete con un frasquito de éter, y poniéndose en una banquetita delante de su madre, acercó su linda cabeza para examinar con tierno sobresalto las facciones de la anciana, alteradas aun por la cólera, pero en

las que se traslucía la satisfacción que le causaba la victoria que, merced á su flato, acababa de obtener sobre su antagonista.

Luego la hermosa niña aplicó el frasquillo á la nariz de la enferma, y volviendo á su tio dos bellísimos ojos azules, llenos de ternura y mansedumbre, pareció decirle con ellos.—Por qué, por amor á mí, no es vd. mas dulce con mi madre?

Don Francisco se levantó de su silla, no ya con las cejas fruncidas ni la frente arrugada, sino con aire contrito y avergonzado, y tomando una mano de su hermana,

--Leonor, la dijo, dime que me perdonas. De todos modos Carlos no irá ya á Madrid.

Estas palabras fueron un himno de triunfo para doña Leonor, que

aparentó sin embargo no atender á ellas, y haciendo alarde de generosidad,

—Yo te perdono, Francisco, exclamó, y espero que tú también....

—No digas mas, mi buena Leonor, olvídense esto; ¿estás mejor?

—Quisiera irme á la cama, hermano mio, necesito reposo. Hace tres dias que me siento tan mala!

—Y yo, bárbaro! que sin consideracion al estado de tu salud, te doy á cada hora un nuevo disgusto....

Vamos, tío, ya vd. ha dicho que no se hable mas de eso. Venga vd.; llevemos á mamá á su cama y luego.... luego le daré á vd. un abrazo en premio de lo bien que ha reparado su falta.

—Hechicera!

Y el caballero miraba cayéndosele la baba, como suele decirse en su país, á la linda niña, hasta que dándole un golpecito en el hombro le recordó esta que era preciso conducir al lecho á la anciana.

Mientras que descansa en sus bien mullidos colchones la respetable y doliente señora; que se marcha don Francisco despues de recibir el prometido abrazo; y que Luisa aprovecha el momento en que se vé sola para leer á hurtadillas detras de las cortinas de la cama de su madre, el libro de Pablo y Virginia, que por pertenecer al anatematizado gremio de las novelas era en el concepto de esta una obra perjudicial á la juventud, nos tomaremos sin disgusto el trabajo de dar al lector una breve noticia de las personas que le

hemos presentado. Poco hay que decir de don Francisco de Silva: era ni mas ni menos, lo que aparece en la escena anterior. Corazon bueno y generoso, alma cándida, carácter vivo, un poco caprichoso pero fácil de dominar pasado el primer impulso. No era la prudencia su cualidad mas sobresaliente, y solia tomar las resoluciones mas extravagantes y peligrosas con una ligereza que los años no habian podido destruir y hacian resaltar. Rara vez consultaba otra opinion que la suya propia; irritábase la contradiccion manifiesta; no cedia jamás á los argumentos; pero nunca supo resistir á la súplica y un niño podia gobernarle á su antojo por medio de la dulzura. Vástago de una familia antigua y poderosa de Sevilla, casó

con una muger de igual clase, de la que no tuvo mas hijos que Carlos. Su esposa habia muerto poco despues del nacimiento de éste, y doña Leonor, única hermana de don Francisco, se encargó entonces del niño que no conoció otra madre. Don Francisco no obstante sus eternas disputas con su hermana, creyó no poder confiar su hijo á mejores manos. Devota, rígida, severa, doña Leonor era una muger de cuya virtud la misma envidia no se atrevió á dudar en ningun tiempo. Tenia toda la prudencia que faltaba á su hermano, era tan reflexiva como él precipitado y si tomaba sus resoluciones con menos energia sabia sostenerlas con mas teson. Don Francisco censurando sin cesar la inflexibilidad del carácter de su her-

mana , era , sin que él lo conociese, dominado por este mismo carácter. Doña Leonor jamás retrocedía en un camino tomado con madura deliberación; y su posición grave, constante, inmutable á todo lo que contradecía sus principios ó contrariaba sus proyectos, quedaba siempre vencedora, ganando á su contrario de cansado muchas veces.

De seis hijos que tuvo doña Leonor, no le quedaba mas que uno á la muerte de su esposo, y la pérdida de tantos queridos objetos habia hecho mas preciosa para ella aquella última prenda de su unión. Luisa, la linda Luisa era esta cara prenda, y su madre habia tenido en su educación el mas incansable desvelo. No entraba en sus ideas el adornarla de talentos distinguidos

y la educación de Luisa fué mas religiosa que brillante: á pesar de la oposición de don Francisco á un sistema tan rígido. No tuvo maestros de música, ni de baile, ni de ningún género de habilidad; pero en compensación conocia todos los secretos de la economía doméstica, era sobresaliente en el bastidor y la almohadilla, sabia los primeros rudimentos de la aritmética y la geografía, podía recitar de memoria la historia sagrada y estaba medianamente instruida en la profana; con lo cual nada le faltaba, segun decia su madre, para poder llamarse una muger instruida. Además, aunque doña Leonor hubiese anatematizado todos los libros de novelas y poesías amatorias, solía permitir á Luisa obras en su concepto tan amenas como instructivas

y aprovechando la niña esta conce-  
sionleía y releía en sus horas de des-  
canso las Tardes de la Granja, la Vida  
de las santas, el Almacén de niñas,  
Eufemia ó la muger verdaderamente  
instruída, y aun las composiciones de  
Fray Luis de Leon, con tal que no  
fuesen de aquellas en las que el poe-  
ta se dejaba inspirar algun tanto por  
la ternura de su corazón. Además su-  
tío solía darla á hurtadillas algunas  
novelas como el Robinson, Pablo y  
Virginia etc.

Luisa no tuvo amigas de su edad,  
doña Leonor no gustaba de dar por  
compañeras á su hija *jóvenes del  
dia*, tal era su espresion, que se  
educaban en los teatros y los bailes,  
y que á los trece años salian á la re-  
ja á *pelar la pava* con sus amantes.  
Escandalizábase de la libertad que las

madres dejaban á sus hijas, sostenia  
que en su tiempo era muy diferente,  
y terminaba por maldecir muy de-  
votamente á la Francia y á los fran-  
ceses, pues creía y probaba que de  
ella y de ellos, habia recibido Espa-  
ña el contagio fatal de las malas cos-  
tumbres.

Doña Leonor era en alto grado  
española y realista. El culto que da-  
ba á Fernando VII estaba como en-  
lazado al que tributaba á Dios, y la  
desafeccion al Rey lejítimo y abso-  
luto era para ella un pecado de he-  
regía, de tal modo se confundia en  
su cabeza el altar y el trono. Duran-  
te el reinado de José Bonaparte en  
España habíase confinado en un pue-  
blo pequeño de la sierra viviendo en  
el mas absoluto retiro, para evitar  
de este modo el oír hablar de aquel



usurpador hácia el cual conservó toda su vida un odio tan grande como el que profesaba á la Francia, siendo á sus ojos una de las mayores faltas de su hermano el que no participase de sus sentimientos en este punto. Don Francisco, aunque adicto sinceramente á la causa del Rey, no era en manera alguna un enemigo de los Bonapartes; y aun no pocas veces habia exaltado la bilis de su hermana, asegurando, á fuer de hombre previsor y político, que conforme ó no á sus intenciones, ellos habian traído ventajas á la España que debian hacerse palpables mas tarde. Nunca olvidaba el noble caballero contar entre estas ventajas la abolicion del tribunal terrible de la Inquisicion, y era entonces cuando doña Leonor ponía el grito en los cielos,

pues la piadosa señora no dejó de rogar devotamente cada dia, despues del rosario, por la *restauracion del Santo Oficio* y esterminio de los herejes; así como por la vuelta de Fernando y caída de Bonaparte, á quien nunca nombró de otro modo que *Malaparte*, bien que su hermano se burlase claramente de una puerilidad tan ridícula.

Doña Leonor volvió á Sevilla á mediados del año de 1814 para solemnizar con fiestas religiosas, que hizo celebrar á su costa en varios conventos, la vuelta del Rey.

Tres años habian transcurrido desde dicho dia hasta aquel en que comienza nuestra relacion, y aunque el entusiasmo popular por el restituido monarca se hubiese algun tanto entibiado durante este tiempo,

no sucedía lo mismo con el de doña Leonor, que por el contrario se exaltaba cada día más, como su devoción religiosa, llegando ambos sentimientos al grado del fanatismo.

Es de suponer que su casa y su familia hubieran podido transportarse al siglo XVII sin que desdijesen en nada. El aire que allí se respiraba tenía un olor antiguo y monacal, los muebles, el orden interior, todo en casa de doña Leonor de Silva era español puro, antiguo y acendrado. Comíase á la una del día, merendábase chocolate y dulces á las cinco de la tarde, cenábase á las nueve de la noche, y á las diez, en punto, en verano ó en invierno, todo el mundo estaba en la cama.

Doña Leonor trataba á pocas per-

sonas y no tenía intimidad con nadie. Su única diversion era jugar algunas tardes á la malilla con doña Beatriz y doña Serafina, señoras maduras y devotas como ella, y sus tertulias del otro sexo eran su hermano, su venerable confesor el cura de las Capuchinas, y dos galanes que se acordaban del casamiento de Carlos IV con María Luisa, á cuyas fiestas asistió doña Leonor al primero y único bñile que habia visto en su vida. Esta mundana diversion, así como la del teatro, estaban proscriptas de la casa de la austera dama y Luisa no sabía apenas qué significaban tales nombres. Bien es verdad que en compensacion solia dejarla ir su madre algunas tardes á ver las corridas de toros, y todos los años la confiaba una noche á sus amigas doña Sera-

fina y doña Beatriz para que la llevarsen á la velada de San Juan en la alameda de los Hércules, á dar un paseo y á comer un par de buñuelos.

A esto se reducían todos los placeres de Luisa, pero á falta de ellos llenaban su vida mil pequeños deberes que su madre la hacía cumplir escrupulosamente.

Ningun sábado dejaba de confesar y comulgar en las Capuchinas, ningun domingo de oír dos misas en la catedral. Había ciertos días del año: destinados á visitar hospitales para consolar y socorrer á los enfermos, otros que madre é hija consagraban á trabajar con sus manos ropas para los niños de la cuna, de cuyo establecimiento era especial protectora doña Leonor: en fin la multitud de novenas, las varias fiestas que se

ofrecían ya á un santo, ya á una santa, las visitas á los conventos de monjas, en cada uno de los cuales tenía doña Leonor una parienta ó una amiga, todas estas cosas unidas á los cuidados domésticos, ocupaban la vida de Luisa lo bastante para preservarla tal vez de esos éxtasis ardientes, peligro de la juventud en inacción, de esas vagas cavilaciones de la vida contemplativa que suelen estraviar las imaginaciones mas puras. Además nada anunciaba en Luisa una de aquellas almas de fuego, una de aquellas imaginaciones poderosas y activas que se devoran á sí misma si carecen de otro alimento.

Aunque nacida bajo el ardiente cielo de Andalucía no tenía ni física ni moralmente los rasgos que caracterizan á las mugeres meridionales.

Cándida y pura como su tez era su alma, y su caracter dulce y humilde como su mirada. La inocencia brillaba en cada una de sus facciones, como en cada uno de sus pensamientos, y cuando sus ojos azules y serenos se levantaban á lo alto, y un rayo de luz arjentaba su blanca frente, diríase que recordaba en la tierra la existencia del cielo.

Parecia cercar á aquella figura púdica é ideal una atmósfera de divina poesía, y que en torno suyo se respiraba un aroma de pureza.

La imaginacion menos casta concebía al verla pensamientos vagos de un amor tímido y religioso, el corazón mas gastado se sintia reanimar al aspecto de aquella juventud tan bella y tan cándida. Parecia que las pasiones de los hombres, no podían te-

ner influencia sobre una criatura toda celestial, y que la voz humana debia herir aquellos oídos acostumbrados á los cánticos de los ángeles.

Todo en ella correspondia á su divina figura: tierna, suave, benigna, siempre con la sonrisa en los labios y la paz en el corazón, no habia conocido ni los placeres ni los dolores de la vida, y llevaba en su frente el sello de un alma vírgen. Sin embargo, si nadie contemplándola se atrevería á imaginar que pudiesen hallar entrada en aquella existencia apacible fogosas y terribles pasiones, cualquiera al observar la dulzura melancólica de su frente y la exquisita sensibilidad que se traslucía en su mirada, hubiera comprendido que aquella alma todavía serena, habia sido formada para amar: para

amar con toda la pureza del ángel, y toda la abnegación de la muger. Ella empero lo ignoraba: ¡pobre niña! ¿se había atrevido nunca á preguntar á su corazón por qué palpitaba algunas veces cuando las tortolillas arrullaban en torno de sus nidos, cuando escuchaba en el silencio de la noche los amorosos trinos del ruiseñor, ó cuando vagando solitaria por el jardín á la luz de la luna, veía temblar las ramas halagadas por el viento, y producir un sonido vago y melancólico que semejaba un suspiro?

Tenia solamente siete años y diez Carlos su primo, cuando los dos hermanos concertaron unirlos. Aquel enlace era bajo todos aspectos proporcionado: ambos eran hijos únicos, ambos ricos y análogos en edad:

Luisa y Carlos se habían criado como dos hermanos y como tales se amaban. Los padres no vieron en lo futuro nada que pudiera contrariar aquel proyecto, pero don Francisco quiso enviar á su hijo á educarse á un colegio de Francia, y desde que realizó este pensamiento doña Leonor pronosticaba sin cesar que aquel deseado enlace no se verificaría.

Y á la verdad la buena señora hubiera sentido con estremo que se cumpliesen sus pronósticos, pues sea por apego á su familia, sea por el largo tiempo que alimentaba el proyecto de dicha union, ó porque viéndose anciana y enferma quisiese asegurar cuanto antes á su hija un protector, doña Leonor deseaba ardientemente no sólo rea-

lizar, sino tambien apresurar en lo posible el casamiento de Luisa con su primo. Con la considerable dote de esta y su mérito es de suponer que no faltarian muchos interesados por su mano, pero el conocimiento que todos tenian de su proyectado enlace y el absoluto retiro en que vivia, no habian permitido hasta entonces que ninguno se presentase como aspirante, y doña Leonor temblaba al pensar que podia morir sin haber colocado á su hija.

Sin duda estas consideraciones la hacian oponerse con tanto teson al paseo que don Francisco queria hiciese su hijo á Madrid, y su corazon no descansó completamente ni aun despues de haberle oido ofrecer que desistiria de tal pensamiento.

Tendida en su cama daba vueltas á un lado y á otro sin poder sosegar, y entre los ayes que le arrancaban, de vez en cuando, sus dolores reumáticos y sus accesos de histérico, la oia Luisa esclamar con voz destemplada.—No, no estaré tranquila hasta verlos volver del altar.

II.

Hé aquí que en una hermosa mañana del mes de mayo del año de 1817, cuando los colorines saludan á la primavera en los ricos campos de la Andalucía, y Sevilla recostada como una reina oriental en el centro de su fértil llanura se perfuma de azahares y jazmines; cuando empiezan á adornarse los moriscos patios con macetas de porcelana sembra-

das de geránios, heliόtropos, clave-  
linas y rosas; que las aguas de las  
fuentes saltan murmurando en gi-  
ros caprichosos de sus surtidores de  
mármol; que el Guadalquivir se cu-  
bre de ligeros botes y veleras lan-  
chas, mientras envanecidos de mi-  
rarse en sus celebradas linfas los  
naranjos y granados levantan en la  
orilla sus cabezas floridas: cuando  
el sol parece sonreir con amor á la  
vegetacion que reanima: cuando las  
hermosas salen con la aurora, tan  
risueñas como ella, á pasearse por  
las orillas del rio: en fin cuando  
todo en Sevilla es vida, placer y  
poesia, hé aquí, repito, que un bu-  
que fondea en la ribera y dos mi-  
nutos despues don Francisco de Sil-  
va abraza á su hijo. Carlos habia he-  
cho su viage por mar de Francia á

Cádiz, en donde apenas se habia detenido algunas horas, anhelando el momento que entonces gozaba.

No tarda doña Leonor en recibir oficialmente el aviso de la feliz llegada de su sobrino y futuro yerno, y de que aquel día vendrá con don Francisco á comer con ella. A pesar del histérico y el reumatismo se pone al instante en movimiento, y hace poner igualmente á toda su servidumbre, para obsequiar dignamente á tan queridos huéspedes.

Es fama que los muebles antiguos y venerandos de aquella casa tan constantemente tranquila, se espantaron al ver el inusitado movimiento de aquel día, y la vieja ama de llaves que en 30 años que servia á doña Leonor no se acordaba de haber presenciado iguales gastos y pro-

fusiones, se santiguó devotamente y dijo en voz baja al mayordomo. — No hay remedio, nuestra ama va á morir pronto, Tadeo, pues cuando las personas hacen cosas extraordinarias nada bueno para ellas puede esperarse.

Luisa no tenia ningun adorno que pareciese bueno á la mamá, y bien que hasta entonces hubiese sido acérrima enemiga de las modas, en obsequio de tan gran día permitió que su oficiosa amiga doña Serafina recorriese varias tiendas para comprar mil chucherías del ornato mugeril. La pobre Luisa que hasta aquel día habia oido decir que era un grave pecado perder los momentos en el tocador, hubo de someterse en aquella memorable mañana á dos largas horas de *toilette*. No aseguraremos



que su prendido pudiese aspirar á la calificación de *elegante* pues nos consta que fué dirigido por la respectable señora doña Serafina, que aunque se hubiese acreditado hacía 30 años de manejar con mucho salero su mantilla de raso, no estaba muy al corriente de las alteraciones que tan amenudo experimenta el voluble ídolo de la moda. Lo que sí sabemos es que salieron aquel día de sus acerados cofres todos los diamantes de su bisabuela, y que Luisa cargada de todos ellos se quejaba por la noche de una horrible jaqueca. Pero en fin, lo cierto es que concluido el tocador doña Serafina declaró que estaba tan hermosa y tan bien prendida, como lo estuvo la misma doña Leonor el día que dió su mano al difunto, y que la ama de

llaves, el mayordomo, la doncella y hasta la cocinera, quedaron deslumbrados á la vista de tanta hermosura y de tantos diamantes.

La hora de la visita se acercaba: doña Leonor habiendo ya concluido todos sus preparativos se habia sentado majestuosamente en su enorme sillón de damasco encarnado con galon de plata, recogiendo cuidadosamente su vestido de raso de color de hoja seca, y acomodándose simétricamente en los hombros su pañuelo de crespon de la India. Doña Serafina y doña Beatriz, sus únicas amigas, llenaban un canapé ó sofá que formaba juego con el sillón, adornadas tambien con lo mas selecto de sus guardaropas; y junto á su madre, en un taburete antiguo, Luisa estaba sentada con timidez y

abrumada bajo el peso de sus joyas, oyendo las prudentes advertencias que la hacian alternativamente su madre y sus amigas. Mientras tanto la pobre niña allá en sus adentros se admiraba sin poder comprender á qué se dirigia tanta solemnidad. Se le habia dicho mil veces que estaba destinada á casarse con su primo, pero la inocente no daba á esta palabra un significado tan terrible como debiera. Se acordaba de un muchacho muy bonito que le rompía sus muñecas, pero que en cambio la regalaba pajaritos y dulces, y nada veia que la espantase en la idea de vivir siempre junto á aquel compañerito de su infancia. ¿Para qué tantos consejos, tantas prevenciones? Nada comprendia Luisa y empezaba á sentir una vaga inquietud que procuró disipar

repetiéndose á sí misma, que aquel novio tan esperado, aquel marido tan solemnemente anunciado no era otro que su amigo Carlos, su gracioso Carlos, el cual se representaba todavía con su carita redonda y blanca, sus largos cabellos, sus grandes ojos negros llenos de candor y alegría, y su risa infantil y estrepitosa. Casi se le figuraba que al verle, á pesar de todas las advertencias del venerable triunvirato, no podría contenerse sin correr á abrazarle. Mientras ella pensaba esto la repetía su madre por centésima vez.— Niña, es preciso no estar ni tan seria que parezca que no tomas parte en el placer de la familia, ni tan risueña y contenta que pueda creerse que te hallas con el derecho de manifestar que recibes la mayor parte.

Compostura, Luisita, moderacion, y sobre todo silencio. Una doncella bien educada no habla sino lo indispensable, mayormente en la primera visita de su futuro esposo.

En el momento en que se terminaba esta arenga, probablemente para volver á comenzarla, oyóse el ruido de un coche que paraba á la puerta y las tres señoras esclamaron á la vez, arreglando sus toquillas con magestuosa y casi solemne compostura.—Ya están aquí.

Los hermosos ojos de Luisa se dirigieron involuntariamente hácia la puerta, pero doña Leonor la dió un golpecito con el abanico en el hombro, diciéndola con severidad.—Niña, niña! esos ojos bajos.—Obedeció Luisa, y quedóse inmóvil hasta que oyó la voz de su tio gritar

junto á ella.—Luisita, saluda á tu primo.—Levantó entonces la cabeza y fijó su dulce y candorosa mirada en la persona que don Francisco le presentaba, pero en el mismo instante y sin necesidad de nueva órden maternal volvieron á inclinarse al suelo sus hermosos ojos, tiñéndose de púrpura su rostro.

La causa de tan súbita turbacion no es imposible de adivinar. Luisa no habia hallado á su Carlos. El objeto que estaba delante de ella no era el mismo de quien se habia separada ocho años antes. El alegre, el gracioso Carlos habia desaparecido: la niña no habia encontrado sus redondas y frescas megillas, sus largos cabellos castaños, sus ojos vivaces, y su boca risueña y diminuta. Bucles de un negro perfecto som-

breaban una frente morena y espaciosa, en medio de la cual se señalaba distintamente una azulada vena: facciones varoniles y bien pronunciadas formaban un rostro de fisonomía meridional, fogosa y altiva: en fin, Luisita al buscar la sonrisa del niño había hallado súbitamente la mirada del hombre.

Un sentimiento sin nombre, una mezcla confusa de sorpresa, placer, tristeza y temor, embargó en aquel momento su corazón. Los cumplimientos entre Carlos, don Francisco y las tres señoras, se habían empezado y concluido por tres veces; los recién llegados se habían ya sentado y la conversación había agotado todos los lugares comunes, todas las vaciedades que se emplean en semejantes casos, antes de que

la pobre Luisa se hubiese atrevido á volver á mirar á su primo. Por fin aprovechando un momento en que Carlos contaba á las señoras los pormenores de su viage, y en el que pensó Luisa que no repararía en ella, levantó lenta y tímidamente sus bellos ojos, dirigiéndolos como á hurtadillas hácia él, pero... ¡terrible casualidad! apenas su mirada se había detenido un instante en el rostro del maucebo, cuando la de éste volvióse á ella súbitamente, tan directa, tan brillante, tan ardiente, que Luisa pasó de la turbación al desconcierto. Inclínó sobre el pecho agitado su rostro encendido de rubor, y sin saber que hacerse comenzó á romper las varillas de nácar de su abanico. Parecíale que nunca hasta entonces había sido mira-

da, que nunca habia visto ojos hasta entonces.... en fin, parecia que aquella mirada pesaba sobre su corazon y que iba á ponerse mala. Doña Leonor que por muy ocupada que estoviese en cumplimentar á su sobrino, no dejaba de mirar disimuladamente á su hija, notó el poco económico divertimento de la niña, que iba haciendo trizas el precioso abanico que doña Leonor conservára cuidadosamente hacia 18 años, (pues era ni mas ni menos el mismo que habia usado el dia de su boda,) y no pudo contener su enfado gritando con impetuosidad.—¿Qué haces niña?—Un trueno no asusta mas al viagero descuidado que lo fué Luisa al oír aquellá repentina interpelacion; ¿qué hacia? por ventura lo sabia ella misma? El fatal abanico

cayó de sus manos al movimiento de susto que no pudo dominar, y viéndose volverse hacia ella todas las miradas, y notando entonces que habia roto su abanico, y sin saber que hacer ni decir, la pobre criatura volvió hacia su tio sus ojos confusos y preñados de lágrimas, como si implorase un defensor contra el extraño sentimiento que la conturbaba. Pero antes que don Francisco, acudió Carlos á levantar el caido abanico, y al presentárselo á Luisa como si fuese contagiosa la turbacion de esta, tambien se puso encendido y bajó sus soberbios ojos negros como ella bajaba sus dulces ojos azules. ¡Oh momento primero de un primer amor! ¿Qué pluma habrá que acierte á describirte? Cuando un rayo del cielo baja y en-

ciende á la vez dos corazones vírgenes, los ángeles sonrien batiendo con languidez sus blancas alas, y ellos solos pueden comprender los castos misterios que entonces encierra el alma y que la inocencia oculta con su cándido velo.

Gracias á la oportuna intervencion de don Francisco, no se trató mas del abanico: la conversacion volvió á entablarse y Luisa pudo reponerse poco á poco de su primera emocion. Las tres señoras se habian situado por último en su terreno; es decir, comenzábase á hablar de jaquecas, histéricos y reumatismos, y se hacia la prolija enumeracion de todas las recetas probadas ó no probadas, que podian convenir. Don Francisco las oia mezclándose de vez en cuando en la conyersacion para

confirmar la infalibilidad de las unas ó sostener la ineficacia de las otras, y Carlos y Luisa sentados uno frente del otro, callaban y se miraban alternativamente; y digo alternativamente porque es de notar que como por un reciproco convenio evitaron ambos que volviesen á encontrarse sus ojos. Cuando Carlos fijaba en Luisa su mirada apasionada la niña mantenía la suya inclinada hácia el suelo, y cuando Carlos notaba con disimulo que Luisa alzaba hácia él sus modestos ojos, dirigía los suyos á dos grandes cuadros al óleo que adornaban las paredes, y que representaban el uno el prendimiento de Jesus, y el otro la Asuncion de Maria.

Dos ó tres veces pareció que el jóven intentaba dirigir alguna pala-

bra á su prima, pero esta palabra, que casi asomaba á sus labios, quedábase helada entre ellos, sin llegar á ser proferida. Por fin llegó la hora de la comida que aquel dia por extraordinario fué á las tres, esceso que produjo un cólico á doña Leonor, cuyo estómago por el largo hábito de ser satisfecho á la una en punto, no se sometió impunemente á la dilacion de dos horas. Quiso la buena señora que en conmemoracion del último dia que su sobrino habia comido con ella en la misma mesa que entonces, antes de su ida al colegio, ocupase la silla que en aquel dia habia ocupado, y que Luisa se sentase junto á él, de la misma manera que entonces. Esta vezindad no fué la invencion mas propia para dar apetito á los dos jóve-

nes pues uno y otro se quedaron sin comer, Carlos por mirar á Luisa, Luisa por no mirar á Carlos.

Doña Leonor espresó al final de la comida cuan agradecidos debian estar á Dios de que les hubiese dado vida para volver á reunirse en familia, del mismo modo y con igual placer que lo habian hecho hacia ocho años. — Sí, mi querido sobrino, dijo despues dirigiéndose á Carlos, yo doy gracias á la Providencia porque te haya vuelto al seno de tu familia, y á mí me haya concedido ver este dichoso dia. En los ocho años que ha durado tu ausencia nunca me he sentado á la mesa sin mirar con tristeza el sitio que tú ocupabas en ella, y acordábame con emocion de tus travesuras y donaires.

Carlos se atrevió entonces por pri-

mera vez á dirigir la palabra á su prima.—Y vd. Luisa, dijo con voz baja y algun tanto trémula, y vd. no se ha acordado nunca de mí?—Su nombre pronunciado por Carlos hizo estremecer á la dóncella, y la conclusion de su pregunta la puso en un embarazo inesplicable. Quiso contestar, y el monosílabo *sí* salió de sus labios con un sonido tan tenue que Carlos pudo adivinarle mas bien que oírle.—Yo tambien, añadió él con alguna mas osadía, yo tambien me acordaba de vd., pero á la verdad, no de vd. como es ahora, sino como era cuando nos separamos.—Ah! exclamó con candidez la niña, ¿con que le ha sucedido á vd. lo mismo que á mí?

Las señoras y don Francisco se levantaban de la mesa, pero distrai-

dos los dos jóvenes quedáronse sentados.—Yo la recordaba á vd. tan pequenita y tan linda como era cuando tenia ocho años, Luisa, pero ahora es vd. tan hermosa!

Luisa volvió á ponerse encendida pero acertó sin embargo á responder:—Tambien vd. ha variado tanto! —Yo quisiera ser siempre el mismo Carlos á quien vd. tuteaba, á quien vd. llamaba hermano. ¿Se acuerda vd. Luisa?

—Ah! sí: pero....—Pero ahora soy otro á sus ojos de vd. ¿no es verdad? ahora, prima, no me trata vd. ya como á hermano, ahora no me quiere vd. como entonces.

—Yo siempre...—le quiero á vd., iba á añadir Luisa, pero como en aquel instante encontró otra vez aquella mirada del mancebo que tan-



to la habia turbado, quedóse sin concluir la comenzada frase. Carlos tampoco acertó á decir nada mas: pero estúvose mirándola largo espacio tan distraido en su contemplacion que no oyó á doña Leonor que le invitaba á pasar con su padre á un gabinete para descansar un rato, pues no podia la buena señora ni aun á favor de tan gran dia pasarse sin su sueño de la siesta. Tres veces repitió su indicacion antes que el jóven la oyese; y acaso aun la haria inútilmente por cuarta vez, si Luisa, que no podia ya resistir por mas tiempo el rubor y la emocion que experimentaba, al sentir, por decirlo así, el fuego de la tenaz mirada del jóven, no se hubiese levantado y entrádose precipitadamente en su alcoba.

Entonces Carlos se dejó conducir al gabinete, y al verse solo con don Francisco, ¡padre mio! — exclamó en un exabrupto de entusiasmo, ¡qué feliz soy! ¡qué felices seremos!--El jóven pensaba sin duda en aquel momento que aquella divina criatura le estaba destinada: mientras estuvo junto á ella no habia pensado sino en verla tan bella y tan pura como un angel.

Y Luisa ¿en qué pensaba mientras dormian la mamá y venerables colegas, y ella echada en un sillón leia su libro de Pablo y Virginia....? No lo sé, pero me consta que aunque estaba ya en el pasage mas interesante de la novela, en el momento en que los dos amantes se separaban, la siesta se pasó sin que aun hubiese leído la niña el embar-

que de Virginia. Verdad es que debemos confesar que mas de una vez se escapó el libro de sus manos, y que otras muchas aunque estuviesen fijos en él sus bellos ojos largo espacio de tiempo, no se la veia volver una página. Es indudable que en algo pensaba mas interesante ya para ella que los amores de los dos criollos; pero ¿quién se atreverá á espresar en el lenguaje humano los pensamientos de una vírgen que comienza á amar?

La siesta pasó: las señoras dejaron sus lechos, y Luisa y Carlos se volvieron á ver sino con tanto embarazo con mayor agitacion. Pero don Francisco, á quien le era tan imposible el dejar de dar algunas vueltas todas las tardes de verano por la alameda, como á su herma-

na el dejar de dormir sus dos horas de siesta, manifestó á su hijo, (no sé si con gran satisfaccion de éste) que era ya tiempo de despedirse de las damas. Volviéronse entonces á repetir todas las bienvenidas y ofrecimientos que á la llegada se habian dirigido las personas visitadas y las visitantes, y doña Leonor las terminó convidando con mucha instancia á su sobrino á venir á acompañarlas por las noches. Aunque no sea mi casa, dijo, una de aquellas en que hay reuniones numerosas, no se pasa mal el rato. Mis dos apreciables amigas que están presentes, (y aquí doña Beatriz y doña Serafina hicieron una ligera cortesía,) el cura don Eustaquio, sujeto de amabilísimo trato, y algun otro amigo, suelen venir á favorecernos,

y aunque no tengamos bailes ni conciertos, ni otras de esas diversiones mundanas, jugamos nuestra malilla, y aun algunas noches la lotería. Así, pues, mi querido sobrino, no te falsará en que entretenerse sin ofensa de Dios ni perjuicio del prójimo, y si te fastidiase el jugar...—Carlos interrumpió con viveza á su tia para asegurar que lejos de fastidiarse se preparaba á divertirse muchísimo, pues tenia una decidida afición á la malilla y á la lotería. Doña Leonor tin embargo concluyó su prospecto diciendo:—Si te fastidiase el juego alguna noche, Luisita te dará conversacion pues ella nunca juega.

—Si tuvieras un piano en tu casa como debias, dijo don Francisco, y si no te hubieses encaprichado en que la niña no aprendiese música,

bien podriamos ahora tener muy buenos ratos, pues, segun tengo entendido, Carlos es un filarmónico consumado. Pero tú, hermana, has privado á Luisa de toda agradable habilidad, y con la educacion que la has dado...—Hermano, exclamó doña Leonor con algun enfado, al oírte pensará mi sobrino que la niña es una ignorante, una estólida, y á la verdad que no porque no haya querido hacer de ella una profesora de música, ni una bailarina, creo que pueda tachármeme de no haber dado á mi hija la educacion correspondiente á su sexo. Otro dia enseñará Luisa á su primo el mantel que ha hecho para el altar de nuestra señora del Amparo, que es la admiracion de cuantas personas le han visto, y las dos imágenes de la

Dolorosa y de santa Teresa de Jesus, que ha bordado sobre raso blanco con sedas, y que tal parecen pintadas con pincel. Pues no digo nada de las flores que hace que casi vá uno á olerlas, tan naturales están; y eso que es de pura afición! Ella lee que dá gusto oírla, ella escribe bastante claro, ella ejecuta á la perfección toda clase de obras de aguja, ella sabe las cuatro primeras reglas de aritmética como cualquier comerciante y puede relatar de memoria una porción de libros que ha leído. Digo, creo que no es tan ignorante como tú la supones.

—¿He dicho yo acaso semejante cosa? hermana, contigo no se puede hablar, pues das á la palabra mas sencilla una interpretación absurda.—Hermano, es que tú...—

Verosíblemente iba á entablarse un altercado de los de costumbre entre los dos hermanos, cuando llegó felizmente la amabilísima persona del cura don Eustaquio que cortó con su presencia el comenzado debate. Despues de otra media docena de felicitaciones y bienvenidas del reverendo cura á la familia, y contestadas una por una con escrupulosa exactitud, se despidieron padre é hijo y se encaminaron á la alameda diciendo el uno, —¡mi hermana es insoportable!— Y el otro, mi prima es encantadora!

Carlos de Silva era uno de aquellos hombres que las mugeres juzgan á la primera mirada, y de los que suelen decir en su interior.—¡Feliz aquella á quien ame!—En efecto, sus ojos revelaban un alma ardiente y apasionada, y un corazon generoso, lleno de fé y fácil á exaltarse, asi como su frente llavaba el sello de la inteligencia y de una noble altivez.

Habia en su fisonomía todo el ardor, todo el entusiasmo de la primera juventud, templados lijera-mente por una tintura de orgullo y de melancolía. Era un hombre hermoso en toda la estension de la palabra, pues su hermosura era enteramente varonil, y observando aquel rostro tan jóven, presentíase que mas tarde debería tener un gesto de severidad. Pero entonces Carlos no tenia mas que veinte años.

Los doce primeros de su vida los habia pasado cerca de su tia, en la atmósfera de devocion y de austeridad que la rodeaba. Habíanse formado sus primeras ideas análogas á las de las personas con quienes vivia. Los principios severos de doña Leonor, su rígida moral, sus hábitos religiosos y su inflexible ca-

rácter, habian presidido, por decirlo así, al desarrollo del corazón de Carlos, ejerciendo su influencia sobre toda su vida.

En la época mas brillante para la Francia y cuando el gran drama político comenzado con la revolucion acababa de terminar con la caída del imperio; en aquella época de las nuevas ideas y los nuevos principios, Carlos á cuya natural comprension se unia un carácter reflexivo, no habia dejado escapar los varios acontecimientos de un periodo tan fecundo en grandes instrucciones.

Sus ideas se habian modificado y engrandecido, ilustrado su razon y estendido su inteligencia, sin que por eso se corrompiese su corazón ni viciase su carácter.

Sin duda al volver al lado de su tia no le acompañaban las mismas preocupaciones que ella le habia inculcado, pero conservaba intacta la fé religiosa y la severa moral que distinguia á la respetable señora. Aunque dotado de un temperamento sanguíneo irritable y violento, y de pasiones muy vivas, —acaso mas vivas que profundas,— manteníase constante en sus principios, su conducta era regular y consecuente, y la franqueza impetuosa de su carácter era temperada por la energía de su razon. Verdad es que hasta entonces aquellos principios y aquella razon no habian tenido que sostener ninguna lucha tenaz con sus pasiones. Carlos era pues, una bella y fuerte organizacion que aun no se habia ejercitado; un ardiente co-

razon que aun no habia vivido; un elevado juicio que aun no podia juzgar con acierto y exactitud; una alta capacidad que aun no se conocía así misma: era en fin un hombre de 20 años, con los nobles instintos de aquella edad feliz, con las ilusiones y las teorías de las almas ardientes, con todos los peligros de la inesperienza y con algunas de las preocupaciones recibidas en una primera educacion.

Desde muy niño habia oido repetir á su alrededor que Luisa debia ser su esposa: en el colegio no dejó de pensar alguna vez en esto. Cuando su corazon empezó á hablar, cuando la juventud circuló ardiente é impetuosa por sus venas, entonces pensó muchas veces en que estaba ya elegida la que debia ser compañera

de su vida. La imágen de Luisa tal cual él la habia dejado no bastaba ya á la ambicion de su alma apasionada, no era el objeto de sus sueños de amor. Tenia el jóven allá en su mente el tipo de una muger hermosa, pura, radiante, con la dignidad en la frente y la ternura en la mirada, creábase una esposa ideal que su corazon reclamaba, y á veces se decia á sí mismo.—¡Y no podré buscarla! ¡Y habré de aceptar á otra que no sea ella!—Pero por un acaso feliz y raro, la muger elegida por su padre para Carlos, era, sin que él lo sospechase, la realidad de sus ilusiones, el original del retrato que le bosquejaba su ardiente imaginacion. Carlos vió á Luisa y la conoció: conoció á su creacion, á su esposa ideal: aque-

lla era la vírgen sin mancha que le sonreía en sus éstasis solitarios, la hechicera vision que entreveía en sus sueños. Carlos vió á Luisa y la amó: la amaba ya hacía tiempo: la amaba con un doble afecto. Luisa era la amante que hasta entonces él no conocía: en la niña, en la hermana habia encontrado á su ideal compañera: y aquella vírgen adorada y aquella hermana querida era la elegida para él por su familia: la muger que le daban era la muger que él hubiera buscado por todo el mundo. Carlos era feliz!

Facil es adivinar que no echó en olvido la invitacion de su tia y que fué exacto en concurrir todas las noches á su casa. No hizo, es verdad, grande empeño en participar de la divertida malilla que doña Leo-

nor le pintó como una distraccion tan grata como honesta, prefirió el segundo prospecto de su tia: dar conversacion á Luisa. Sin embargo, en honor de la verdad confieso que la tal conversacion no era de las mas animadas. Mientras jugaban las tres señoras, y el reverendo cura se paseaba con don Francisco á lo largo de la sala discutiendo cuestiones teológicas ó políticas, ó acaso declamando el uno contra la corrupcion de las costumbres y haciendo el otro la defensa, solo por espíritu de contradiccion. Luisa sentada en un taburete junto á un veladorcito de caoba, se entretenia en teger medias ó en hacer flores, y Carlos en otro taburete junto á ella la miraba trabajar en silencio. De vez en cuando Luisa consultaba el gusto de su



primo sobre tal ó cual color, ó le preguntaba si le parecían bastante finas las medias que tejía. De vez en cuando también Carlos hacía alguna corta observación sobre la variedad que ostenta la naturaleza en sus obras, y la dificultad de imitar con el pincel ó con la aguja la frescura y colorido de esas flores con que alfombra pródigamente nuestro suelo, y también solía admirar la ligereza con que su prima ejecutaba su labor. Si una tiguera ó una aguja se caían, Carlos se bajaba á cogerlas, atreviéndose tal cual vez á engañar á Luisa retirando el objeto presentado en el momento en que ella iba á tomarlo. Entonces la niña se sonreía avergonzándose: él volvía á presentar y á retirar el objeto una ó dos veces, y la niña comenzaba á

impacientarse tomando un empeño infantil en quitárselo. Si en esta especie de juego la casualidad hacía rozar su mano con la de Carlos, Luisa al punto la retiraba tiñéndose de púrpura su rostro, y Carlos agitado y trémulo cesaba en el juego. Así pasaban las noches en casa de doña Leonor, hasta que Carlos obtuvo permiso de su tía para enseñar á Luisa á pintar flores y pájaros. Desde entonces no se tegieron medias ni se hicieron flores. Sentados los dos delante de una mesa de forma antigua, daba Carlos á su amada largas lecciones que Luisa recibía con docilidad y complacencia. Durante el día el joven se entretenía en pintar bonitos ramos y pájaros de toda especie, que llevaba para modelos por la noche á su discípula.

Era el mes de julio, tan caloroso en Sevilla, y segun la costumbre del pais las familias establecian su domicilio en las habitaciones bajas, y los patios se adornaban con primor. El de la casa de doña Leonor no sobresalia por el lujo de sus muebles, pero sí por la abundancia y variedad de flores que Luisa cultivaba en jarrones azules y blancos, y cuyos aromas perfumaban el aire. En aquel patio estaban las mesas en que jugaba su malilla doña Leonor, y en la que pintaba Luisa. El ambiente fragante de aquel recinto parecía la única atmósfera en que debía vivir aquel ángel, y cuando Carlos apoyado en el respaldo de su silla inclinaba la cabeza, para seguir de mas cerca los movimientos de la linda mano que se ensayaba en imitar los

pájaros pintados por él, las auras solian agitar los rubios cabellos de Luisa que tocaban un momento la frente del jóven.

Si entonces su corazon latia con violencia y sus labios ardian, ávidos de devorar aquel hermoso pelo y aquellos hombros de nieve, cuando Luisa volvia hácia él sus ojos serenos y apacibles, la frente del hombre se inclinaba confusa y respetuosa á la mirada inocente de aquella virgen querida.

Junto á ella el alma mas que los sentidos eran sensibles, y las tempestades del corazon se serenaban al aspecto de aquella reunion de lo mas dulce y mas poderoso que existe sobre la tierra: la inocencia y la hermosura.

El contemplarla en un mudo y

religioso éstasis; el oír de vez en cuando su voz musical profiriendo palabras tiernas y espresando pensamientos tan puros como su corazón; el respirar junto á ella aquel ambiente de flores bajo el cielo poético de la Andalucía; el recibir una sonrisa, una mirada; eran placeres tan intensos para Carlos, eran una felicidad tan perfecta que no podía acordarse de si existía otra mayor. Y Luisa, ah! y Luisa....! sentía la inocente una nueva vida en su corazón: un manantial de sensaciones desconocidas brotaba en su seno, como á la luz del sol se despiertan los colores que dormían en la noche; y sin comprender lo que sentía ni lo que inspiraba, hallábase sin embargo dichosa y agitada al mismo tiempo. Asustábase su propia ventura, y

cuando una mirada de Carlos la decia con respetuosa pasión, — te amo — y sentía la niña inundarse de felicidad su corazón, levantaba al cielo sus ojos para preguntarle si no era un crimen ser tan dichosa en la tierra. En aquella alma casta y religiosa todos los sentimientos tenían un carácter místico, y muchas veces mientras sus ojos quedaban dulcemente clavados en el rostro adorado, su pensamiento se elevaba al cielo para buscar mas allá de la vida terrestre el porvenir de su amor. Cuando Carlos no estaba con ella, Luisa sentía un placer infantil en tocar todos los objetos que él había tocado, en ocupar la silla que él había ocupado, en repetir las palabras que él había proferido, y en imitar todos sus gestos y las inflexiones de su

voz; pero cuando ella misma advertia su locura ruborizada y arrepentida se postraba delante de una imagen de la virgen, invocándola por protectora, y sus votos puros y sus esperanzas tímidas, subian al cielo en alas de la oracion.

El sentimiento nuevo y poderoso que llenaba su corazón lejos de entibiar su piedad la habia exaltado: porque el amor en las almas que aun no se han corrompido es tambien una religion: una fé.

¿Y dónde está el hombre que al amar por primera vez en su vida, cuando aun no ha visto y sentido que el amor tiene cansancio, que la felicidad tiene límites, no ha creído estrecha la tierra y breve la vida para el sentimiento que le engrandece? ¿Dónde está aquel que no haya

necesitado entonces del Dios paternal que ofrece una vida eterna para un eterno amor?

Por eso ningun hombre es materialista á los 20 años. Solo se deja de creer cuando se deja de amar.

Pero ellos, con sus corazones vírgenes, con su poderosa juventud, ellos que se amaban sin crimen, que en breve harían un deber sagrado de su ardiente y pura pasion, ellos tan castos y tan dichosos, creian en todo: en la eternidad de la vida: en la eternidad del amor. ¡Oh! No seré yo ciertamente quien se burle de ninguna fé. Veo en todas las creencias una virtud y una felicidad. Búrlense en buenhora los corazones desgastados y frios de esos elevados instintos del hombre que llaman ilusiones. Venid á mí, ver-

daderas ó falsas, venid á mí, dulces creencias de la primera juventud! ¿Qué le queda al hombre cuando os ha perdido?



IV.

Dos meses habian corrido desde que Carlos llegó á Sevilla, y don Francisco aun no habia dicho ni una sola palabra relativa al enlace de los dos primos. Este silencio molestaba ya á doña Leonor; tanto mas cuanto que por ciertas expresiones que se escapaban á su hermano tenia fundadas sospechas de que aun no habia desistido entera-

mente de su proyecto de enviar á Carlos á Madrid. Proyecto que como ya hemos visto desagradaba altamente á la buena señora, que temía que una ausencia, una larga dilacion en el proyectado enlace, acarrease algun contratiempo que pudiera frustrarle: como, á pesar de su vida monástica, no estaba destituida de aquel conocimiento que se adquiere con los años, por poco que se frecuente la sociedad de los hombres, conocía doña Leonor que en la edad de su sobrino si bien muy vivas las impresiones no son siempre las mas profundas, y que no era cosa prudente poner á prueba su constancia, mayormente antes de haberle ligado con un vínculo indisoluble. Doña Leonor, cuya salud era cada dia mas delicada y por con-

siguiente mas vivo el deseo de establecer á su hija, observaba cuidadosamente los rápidos progresos que hacia el amor en los dos jóvenes, y se los hacía notar á su hermano para provocar por este medio una resolucion decisiva. Pero don Francisco no hablaba y doña Leonor comenzaba á enfadarse seriamente. Carlos no limitaba ya sus visitas á dos ó tres horas de la noche: casi todo el dia estaba en la casa de su tia, siempre junto á Luisa, mirando á Luisa, enagenado con Luisa. La niña por su parte descuidaba medianamente sus ocupaciones domésticas, y aunque siempre dulce, humilde y afectuosa, parecia melancólica y sin sosiego los momentos en que no veia á Carlos. Doña Leonor, cuya severidad y maternal vi-

gilancia eran irrelajables, véase obligada á descuidar tambien muchas de sus devociones para estar continuamente en guarda de los amantes, pues á pesar de la conducta respetuosa del jóven y el perfecto recato de la doncella, hubiera creído faltar á todas las leyes del decoro y hacerse culpable del pecado de omision, si no vigilaba todas sus acciones, movimientos y aun miradas. Cuando su histérico ó su reumatismo la imposibilitaban de llenar exactamente sus deberes de madre cuidadosa y prudente, la reemplazaba la respetable viuda doña Serafina. Doña Beatriz no recibió nunca tan augusto cargo, pues, no obstante sus cincuenta años, su estado de doncella no la daba á los ojos de la escrupulosa madre un carácter bas-

tante respetable. Cansábase ya doña Leonor de la sujecion en que la constituia el cuidado de vigilar á su hija, y aun escrupulizaba de permitirle un trato tan frecuente con su novio cuando aun no sabia si se efectuaría pronto aquel deseado consorcio. Estos motivos por una parte, y por otra su temor de que volviese don Francisco á su tema de enviar á Carlos á la corte y de que pudiera sobrevenir algun obstáculo á la realizacion de sus deseos, la determinaron á tomar por fin un espediente formal que sacase de la inaccion á su hermano. Antes de poner en ejecución su pesamiento observó detenidamente á su sobrino, para confirmarse en el juicio que tenia ya formado de que estaba locamente enamorado.

En efecto, no podia dudarse que de dia en dia se aumentaba el cariño del jóven. Era cosa digna de verse como pasaba horas tras horas sentado junto á su prima, embebecido en mirarla y como olvidado del mundo entero. Sus conversaciones, que eran regularmente en presencia de un respetable auditorio, se reducian á naderías ó palabras insignificantes en sí, pero en aquellas pláticas tan indiferentes, ¡habia tantos medios de entenderse dos amantes! Una mirada tímida y furtiva, un suspiro ahogado, las inflexiones de la voz, mas dulce, mas lenta, mas expresiva cuando se dirigian uno al otro la palabra.... todas las pequenezes que son tan grandes en el amor, venian naturalmente al auxilio de nuestros héroes, y sin que

jamás se hubiese pronunciado la palabra *amor* ni por uno ni por otro, ambos sabian que eran amados.

Las lecciones de pintura que Carlos continuaba dando á su prima le proporcionaban algunos momentos de menos sujecion, porque entonces estaban algo mas separados aunque nunca fuera de la vista de la vigilante mamá. Pero sucedia que la mayor libertad los hacia mas tímidos. Muchas veces al verse espiado, por decirlo asi, por las miradas inexorables de doña Leonor, imposibilitado de poder decir á su prima una palabra que ella solo oyese, deseaba Carlos y promovia la leccion de dibujo, pareciéndole que tenia mil y mil cosas apasionadas que decirle: pero luego que se veia en la posicion deseada, intentaba en vano es-



presar lo que con tanta vehemencia sentía. Turbábase, temblaba, la voz espiraba en sus labios, y algunas veces que se violentaba y hacía un esfuerzo para decir algo, sus palabras eran tan incoherentes que él mismo no podía darse razón de lo que había querido expresar. Si entonces Luisa volvía hacia él sus modestos ojos llenos de serenidad y de ternura, y dejaba oír su voz tan dulce, tan musical, el jóven la miraba y la escuchaba estático: su agitación se calmaba, su desconcierto desaparecía y embelesado, subyugado por el encanto de aquella hermosura tan apacible y tan pura, solo sentía la necesidad de amarla como se ama á Dios: tributándole un culto silencioso. Entonces volvía á enagenarse, á ser feliz con solo contemplar-

la, entonces su mirada fija en ella con una expresión de ternura mezclada de respeto, hacía sonreír alguna vez á los espectadores y sonrojar á la modesta doncella.

Doña Leonor, que en vista de todos estos síntomas no dudó ya de que Carlos amaba verdaderamente á su hija, resolvió dar un paso prudentemente meditado hacia el blanco de sus deseos, y cuando vió mas enamorado á su sobrino le declaró seriamente que su decoro y el de su hija exigía que hiciese menos largas y frecuentes sus visitas. —No puedes figurarte, añadió, cuanto siento el verme en la precisión de hacerte esta súplica, mi querido sobrino, pero ha llegado á mis oídos que las gentes empiezan á murmurar la intimidad que te permito con Luisa, pues aun-

que nadie ignora la intencion que hace muchos años tenemos ambos hermanos de estrechar mas nuestros vínculos, por medio de un enlace entre nuestros dos hijos, todos estraños, y con razon, el que sin ningun motivo conocido sé retarde tanto la realizacion de este matrimonio. El honor de mi hija exige, pues, que se limite vuestro trato hasta que no haya obstáculo que se oponga á vuestra union.

Carlos que hasta entonces no habia sentido una gran impaciencia por ver llegar el dia de aquella union, porque la certeza de ella le quitaba toda inquietud, quedó dolorosamente sorprendido al oír aquel discurso de su tia, y entonces, por primera vez, pensó en que podia ya estar casado y que no lo estaba. Turbóse

a'gun tanto y dijo despues con bastante emocion.—¡Dejar de verla todos los dias, á todas horas! ¡oh! seria una crueldad! ¡Obstáculo dice vd.! ¿cual es? ¿qué puede impedir que se verifique muy pronto esa union concertada hace tanto tiempo y en la que cifro yo la felicidad de mi vida?—Estoy en ese punto tan ignorante como tú mismo, respondió la astuta devota, por mi parte hoy mismo pudieras casarte.—¿Quién es pues...?—Tu padre tendrá acaso algun motivo para este retardo, que estraña toda Sevilla y que dá márgen á los ociosos para mil suposiciones y comentarios, poco honoríficos á la verdad para él y para mí. Pero Francisco no reflexiona en nada de esto y sospecho que su intencion es enviarte á la córte y....—

Enviarme á la corte! interrumpió con impetuosidad el mancebo. ¡Separarme de Luisa! oh! no! no consentiré! — Trabajo le costó á doña Leonor disimular su gozo al oír esta declaracion que disipaba todos sus temores: procuró hacerlo sin embargo y dijo con fingida severidad á su sobrino, que un buen hijo no debia resistir á la voluntad de su padre, aun cuando esta voluntad fuese tiránica y caprichosa. No poco se murmura de esta resolucion de mi hermano, añadió, y no poco hará padecer á mi corazon que anhela darte el dulce nombre de hijo, pero no me corresponde á mi el empeñarme en apresurar ese dia, como si me pesase mi hija y quisiera á toda costa descargarme de ella. A Dios gracias estoy muy lejos de este caso. — Quién

duda de ello? exclamó Carlos con vehemencia: Luisa es un ángel! ¡Querer descargarse de ella! oh! ¿quién puede pensar semejante cosa? Pero vd. dice bien, no es á vd. á quien corresponde apresurar ese dia que debe hacerme el mas feliz de los hombres; si me lo permite vd. yo seré quien hable á mi padre hoy mismo, quien le suplique de rodillas que no dilate mas mi ventura. ¿Consiente vd. en ello, tia mia?

Doña Leonor aparentó vacilar, y viendo la decision del jóven fué recogiendo velas hasta el punto de decir, que acaso convendria mejor que se tomasen mas tiempo de meditar en ello, antes de echarse un yugo tan duro como el del matrimonio. — Pero continuaremos como hasta ahora, exclamó Carlos, ¿no es verdad mi

amada tia? Yo esperaré todo el tiempo que vd. quiera: haré cuanto vd. me ordene: pero permítame vd. ver á Luisa todos los dias.—Doña Leonor que no esperaba tanta resignacion se guardó bien de consentir en lo que su sobrino le pedia, y como éste por su parte no suscribiese á ver con menos frecuencia á Luisa, fué preciso por fin acceder á su primera proposicion; pero supo hacerlo doña Leonor de un modo tan decoroso, con tanta maestría, que su sobrino la dejó persuadido de que cedía casi á pesar suyo, y ella quedó muy segura de que no habia comprometido en nada su dignidad, ni rebajado un ápice su orgullo.

Carlos habló aquel mismo dia á su padre manifestándole su deseo de que se realizase cuanto antes el ca-

samiento. En vano el anciano le dió las razones buenas ó malas que le movian á no querer casarle tan jóven. El apasionado amante las refutó victoriosamente. ¡Se tiene tanta elocuencia para defender la causa del corazon! En tales casos el hombre mas limitado encuentra recursos estupendos. El papá que sin ser muy prudente era por fin un papá, que habia tenido 20 años y tenia ya 54, no dejó de hablar mucho de la solemnidad del empeño que iba á contraer, de la necesidad de reflexionarlo maduramente, de conocer un poco el mundo antes de querer ocupar en él el augusto rango de esposo y padre, de lo horrible que sería un arrepentimiento tardío.... pero todo esto no hizo mella alguna en su hijo.—¡Arrepen-

timiento! ¿Cuando se tienen 20 años se concibe nunca el arrepentimiento? ¿Se prevee cuando se ama la posibilidad de cesar de amar?

¡La juventud! ¡El amor! Si tuvieran por compañeras á la prudencia y á la prevision no producirian tantos errores, tantos arrepentimientos, tantos dolores: pero ¡ah! tendrían entonces tantos encantos?

Don Francisco raciocinaba: Carlos sentía: Carlos debia triunfar y triunfó.

Quince dias despues á las 7 de la mañana se celebró en la catedral la ceremonia que unia á dos personas hasta la muerte. Ceremonia solemne y patética en el culto católico, y que jamás he presenciado sin un enternecimiento profundo mezclado de terror.

Al salir de la iglesia Carlos que

daba el brazo á su jóven esposa estaba radiante de alegría: Luisa tenía los ojos bajos, la frente y las mejillas bañadas de rubor, y en toda su persona se advertía una especie de vaga inquietud y dulce melancolia: pero solamente cuando de vuelta á su casa fue conducida con Carlos por los padrinos al sillón en que estaba su madre, (cuyo mal estado de salud no le permitió aquel dia acompañarla á la iglesia,) solo entonces se vió una cristalina lágrima deslizarse lentamente por su mejilla. Doña Leonor, cuyo rostro descarnado y amarillo contrastaba de una manera singular con el semblante puro y hermoso de su hija, tendió sus brazos enflaquecidos hácia los dos jóvenes, que doblaron las rodillas delante de ella para re-

cibir su bendicion. Las facciones enfermizas y adustas de la anciana, se suavizaron y reanimaron en aquel momento, y poniendo sus manos trémulas sobre las cabezas de ambos jóvenes, levantó al cielo una mirada que jamás hasta entonces se habia visto en sus ojos: la mirada de una madre que pide al cielo la felicidad de su hija: mirada elocuente, indescribible, sublime! Luego con voz débil pero con acento solemne y profundo, dirigió á los recién casados un largo discurso sobre las obligaciones que acababan de contraer. Su tono grave y severo fué suavizándose gradualmente, y al terminar aquel discurso con estas palabras que dirigió á su yerno;—consérvala pura y piadosa como te la entrego: ha sido una buena hija,

prémiala tú haciéndola una feliz esposa, su fisonomía tomó un carácter verdaderamente patético.—Carlos conmovido tomó una de sus manos enflaquecidas, y uniéndola entre las suyas con las de Luisa las apretó sobre su corazón exclamando:—¡Yo lo juro!—Tú, hija mia, prosiguió doña Leonor, no olvides nunca que despues de Dios tu primer amor debe ser tu marido: ámale, obedécele en todo aquello que no se oponga á la salvacion de tu alma.—Luisa levantó hácia su esposo una mirada de inefable ternura: Carlos enágenado la estrechó entre sus brazos; y ella reclinando lánguidamente su cabeza sobre el pecho de su marido, pronunció con voz tan dulce que solo él pudo oirla.—Si, siempre te amaré: Dios y tú!

Era la primera palabra de amor que pronunciaban aquellos labios tan puros. Carlos fuera de sí imprimió un beso de fuego en su frente virginal: era la primera vez que el joven veía en sus brazos á una mujer amada.

Ahora, exclamó doña Leonor con tono solemne, yo os bendigo hijos míos, que Dios os haga virtuosos y felices, y que vuestros hijos sean para vosotros lo que habeis sido vosotros para vuestros padres.—Y los circunstantes respondieron á coro.—Amen.

El ángel de los castos amores debió desde su asiento de nubes palpar de placer en aquel momento.

**S**i existe una felicidad para los hombres, si es posible alcanzarla sobre la tierra, la union del amor con la virtud puede solamente darla. El amor santificado por la religion, el amor templado por la seguridad y la costumbre, el amor constituido en deber, el deber embellecido por el amor.... ¡qué sublime qué santa

armonía! ¿Por qué la naturaleza en su eterna mudanza arrebató al hombre este estado divino de ventura? ¿Por qué no nos es dado hacer estable la concordancia del sentimiento y de la obligación? ¡Oh imperfección é inconsecuencia de la naturaleza humana! Que el amor eterno, que es el voto del alma, no pueda ser cumplido por el corazón....!

Pero Carlos y Luisa son tan dichosos!.... oh! alejaos, frías reflexiones, alejaos tristes luces de la verdad, que quiero recrearme en el espectáculo encantador de un amor feliz y casto. Mas no intentaré pintarle: las almas puras y amantes le adivinan, y jamás puede hacerse que le comprendan los seres insensibles ó depravados.

Los primeros meses pasaron para

los dos esposos en una embriaguez divina: los segundos en una calma deliciosa. Hacía mas de un año que estaban unidos y no habían tenido una sola hora de fastidio ni pesar: por el contrario, parecía que eran cada día mas felices y se comprendían mejor.

La salud de doña Leonor, que decaía rápidamente y el hábito de una vida recogida, hacían que Luisa no saliese casi nunca de su casa, y Carlos, feliz con su vida doméstica, se había separado también de toda sociedad. Pero ¿qué necesidad hay de placeres cuando se tiene ventura? Luisa que había sustituido á su madre, (ya postrada en cama constantemente), en los cuidados domésticos, y que asistía á la anciana con esmero y ter-



nura verdaderamente filial, sabia cumplir estos deberes sin descuidar un momento á su marido. Y era tan hermosa, tan sublime, cuando descendia de su esfera de angel para ocuparse en los mas pequeños detalles de la vida doméstica! Todo marchaba en aquella casa con un orden admirable. Todos los momentos estaban empleados, todos los acontecimientos previstos, todas las atenciones preparadas. Habíase mudado don Francisco en casa de su hermana, y era una sola familia doblemente enlazada y perfectamente unida: hasta los pequeños debates de los dos hermanos eran ya raros, y la paz, la monotonía de aquella vida inocente y sosegada, era tan inalterable que parecia llevar un sello de eternidad.

Llegó enero: hacian 15 meses que estaban casados Carlos y Luisa, y les parecia que habia sido la víspera. Las largas noches de invierno eran para ellos deliciosas. Era un cuadro digno de ser inmortalizado por el pincel de Murillo,—si Murillo hubiese vivido entonces,—el que presentaba aquella familia patriarcal. En medio de una espaciosa alcoba una ancha copa de bronce, en la que ardia un abundante fuego. En torno de ella una jóven hermosísima vestida sencillamente y ocupada en las labores de su sexo, y un gentil mancebo que junto á ella leia en alta voz una novela de Richardson, interrumpiendo por momentos la lectura para hacer una caricia á su linda vecina: un poco mas lejos, en tres cómodos sillones, un an-

ciano todavía robusto, en medio de dos reverendas damas; doña Beatriz y doña Serafina, constantes tertulias de doña Leonor, escuchando los tres con silenciosa atención lo que Carlos leía, impacientándose con sus interrupciones, é interrumpiendo ellos mismos muchas veces con exclamaciones de admiración ó de lástima, según la posición en que se hallaban los héroes de la novela. ¡Cuántas reflexiones no promovía la virtud de Pamela y la altanería de su cuñada: premiada la una y humillada la otra! ¡Cuánta indignación la perversidad de Lovelace! ¡cuánta piedad la desventura de Clara! Luisa lloraba con frecuencia durante aquellas lecturas, y como nunca era tan bonita como cuando lloraba, su marido dejaba suspensa muchas veces

la curiosidad de su auditorio en los pasajes mas interesantes, para deleitarse en contemplar á su muger. Luisa se avergonzaba de que se reparase en su sensibilidad, las dos damas se enfadaban de que se interrumpiese la lectura, don Francisco aprovechaba aquel momento para criticar la obra, aunque nadie le atendiese; y era preciso que doña Leonor sacase fuera de la cama su mano afilada y trasparente, y dijese con tono absoluto:—adelante! para que el auditorio volyiese á sosegar y el lector á continuar su tarea.

El destino miró con ceño aquella dulce serenidad de una vida dichosa y bien pronto las inocentes veladas fueron interrumpidas. Una carta de Madrid llevó á Sevilla la noticia de haber muerto el capellan de la reina,

primo hermano de don Francisco, y que había instituido á éste y á doña Leonor sus universales herederos. El difunto dejaba un considerable caudal en casas, alhajas y deudas, que tenían hácia él varios sujetos de la corte: sus asuntos no quedaban tan arreglados que no fuese preciso, segun escribian sus albaceas á los herederos, que fuese alguno de ellos á arreglarlos por sí mismo. Don Francisco que no había perdido nunca completamente el deseo de enviar á su hijo á tomar como él decia, un bañito de corte, declaró que era absolutamente preciso que Carlos fuese el encargado de este negocio. Hubo por parte de doña Leonor sus dificultades, por la del jóven una manifiesta repugnancia, por la de Luisa una tímida opo-

sicion, pero al fin, despues de algunos dias de discusiones, quedó decidida la cuestion á favor de don Francisco, y Carlos se sometió con disgusto á separarse de su esposa con la esperanza de que seria por poco tiempo, pues se proponía ocuparse esclusivamente en Madrid en terminar con prontitud el asunto que le llevaba. Se comenzaron los preparativos del viaje y se escribieron cartas de recomendacion. Estaban en la córte dos señoras enlazadas con la familia de Silva y á las cuales debia ser eficazmente recomendado Carlos, pues Luisa temia que tuviese una enfermedad lejos de ella, y para un caso de esta naturaleza juzgaba indispensable que hubiese algunas personas de su sexo interesadas en

favor del jóyen. Seescribieron; pues, por los dos hermanos dos largas cartas á las parientas por afinidad, pero suscitóse una discusion con este motivo, que terminó por rasgarse una. De las dos damas era la una doña Elvira de Sotomayor viuda de un primo hermano de doña Leonor, y que aunque no era conocida personalmente de ésta, pues jamás habia salido de Madrid la una, ni la otra de Sevilla, habia sostenido largo tiempo correspondencia epistolar con ella, aun despues de muerto su marido. La otra era la condesa de S<sup>\*\*\*</sup> viuda tambien de un pariente cercano de los Silvas, pero cuyo matrimonio habia sido muy á disgusto de doña Leonor. El motivo de este desafecto hacía la condesa no era otro que el de haber nacido en Francia:

nacion, como ya hemos dicho, aborrecida por doña Leonor. El conde de S<sup>\*\*\*</sup> casó en París en 1811 con Catalina de T.... cuya madre, española, habia dado la mano al vizconde de T.... estando éste de secretario de la embajada francesa en España, pero habiendo regresado poco despues á su patria el vizconde con su esposa, Catalina habia nacido en aquel país execrado por doña Leonor. Cuando el conde de S<sup>\*\*\*</sup> la participó su enlace con una francesa, la respetable señora le contestó aconsejándole que la sacase cuanto antes de aquella tierra maldita, y no perdonó nunca á su pariente el desprecio que hizo de este consejo. Viuda la condesa y heredera de una parte considerable de los bienes que su marido poseia en

8

España, determinó establecerse en Madrid, donde se hallaba á la muerte del conde. Sabia todo esto doña Leonor por su hermano que solia escribir de vez en cuando á la condesa, pues ella por su parte no habia querido jamás entablar correspondencia con aquella *extrangera*: y es de advertir que el designar doña Leonor con este nombre á cualquiera persona, era un modo breve y decoroso de manifestar el mas absoluto desprecio. Asi, pues, cuando don Francisco la leyó la carta que dirigia á la condesa, recomendándola su hijo, doña Leonor declaró que no tendria Carlos necesidad ninguna de la amistad de la *extrangera*, y que recibiria un mortal disgusto en que su yerno cultivase semejante conocimiento. Don

Francisco recordó en aquel dia su antiguo sistema de oposicion y sostuvo que ninguna persona podia ser mas útil á su hijo en Madrid, que una señora relacionada con las casas mas distinguidas, habituada á la mejor sociedad y que, segun estaba informado, reunia á su perfecto conocimiento del mundo un talento extraordinario. Pero esta especie de elogio no era el mas apropiado para reconciliar á doña Leonor con su prima política, y todo lo que su hermano la dijo con respecto á ésta, solo sirvió para aumentar la antipatia instintiva que desde que oyó por primera vez su nombre la inspiraba Catalina. Don Francisco pues hubo de ceder esta vez como otras: la carta para la condesa se rasgó, y Carlos no fué recomendado á otro

individuo del bello sexo que á doña Elvira de Sotomayor, que al fin, (como decia doña Leonor,) era española y se habia criado como Dios manda, y no en tierras donde se profanaban altares, y se guillotinaban reyes, y reinaban soldados.

Llegó por fin el día de la partida de Carlos: muchos hacía ya que Luisa no cesaba de llorar, y su dolor se manifestaba de una manera tan viva que la severa mamá hubo de reñirla seriamente, despues de haberle hecho inútiles reflexiones sobre la grave culpa que es á los ojos de Dios la falta de resignacion, y lo que se ofende su Divina Magestad de que se emplee en un mortal ese amor inmenso que él solo merece y que á él solo debemos. La pobre niña escuchaba á su ma-

dre con su acostumbrada humildad y pedia perdon de su dolor, pero pesarosa de sentirle no podia siquiera ensayar el vencerle. Como si la inmensidad de los mares hubiese de separarla de su marido, su imaginacion media con espanto la distancia de Sevilla á Madrid, y parecía que habia un mundo de por medio. Cuantas tiernas aprensiones y cuantos tristes presentimientos acompañan comunmente á la primera separacion de un objeto querido, se apoderaron á la vez de la tímida y apasionada esposa, y parecía que la iba abandonando la vida á medida que se aproximaba la hora fatal de la partida de Carlos. Aquel era su primer dolor, y el primer dolor sino siempre es el mas grande, es indudablemente el mas sensible.

Quando arreglaba las maletas de su marido besaba sus ropas hume-ciéndolas con sus lágrimas, y pensó con una especie de celos que otras manos que las suyas plegarian en lo sucesivo aquellos pañuelos que ella habia bordado para Carlos, y se encargarian de todos los pequeños cuidados que solamente ella debia prestarle. Cuando le abrochaba su chaqueta de viage y cepillaba su capa,—Carlos, le dijo llorando, no seré yo en adelante...., y no pudo concluir, embargada su voz por los sollozos. Carlos la tomó en sus brazos y quiso en vano consolarla: él mismo lloraba como un niño, y casi estaba ya á punto de tomar la resolucion de llevarse á Luisa cuando compareció doña Leonor apoyada en el brazo de su her-

mano, tan pálida, tan enferma, que el jóven al verla se avergonzó de haber pensado en privar de su hija á aquella anciana madre á quien el sepulcro reclamaba. La salida de los criados que conducian las maletas á la diligencia, y el vibrante sonido del reloj de la catedral que daba distintamente la hora temida, anunciaron á Carlos que habia llegado el momento de una separacion á la que aun no se habia resignado. Cubrió de besos la rubia cabeza de su esposa y haciendo un esfuerzo doloroso pronunció la terrible palabra, —Adios. Luisa se estremeció: levantó sus bellos ojos y los fijó con avidez en el rostro de Carlos, y quitando de su cuello una cinta negra que sostenia un escapulario de la virgen, bordado por su mano, lo puso

en el de su marido pudiendo apenas articular,—ella te proteja.—Intentó luego repetir, mas no pudo, las recomendaciones mil veces hechas ya, de que se preservase del aire sutil de Madrid, de que no hiciese ningun género de exceso.... en fin, aquellas prevenciones que solo se ocurren á una muger y que son tan pueriles como tiernas. Ea, hijos míos, dijo don Francisco, valor! pronto, muy pronto, volvereis á reuniros.—Así sea,—pronunció doña Leonor acercándose para abrazar á su yerno. Pero Carlos no podia apartarse de Luisa, que enlazándose á su cuello repetia entre sollozos la palabra fatal,—Adios.—No irriteis al cielo, hijos míos, dijo la anciana, no os atraigais en castigo de un dolor sin causa un dolor mas justo.—

A esta intimacion Luisa estremecida se apartó de su marido, exclamando:—perdon, Dios mio, y hágase tu voluntad.—Carlos desvió los ojos de ella porque conocía que mientras la viese no podria tener valor para partir.—Va á salir la diligencia,—gritó el mayordomo desde la puerta. Carlos besó la mano de su padre, abrazó á su tia, y sin mirar á Luisa se lanzó fuera de la sala.

Quiso ella correr al balcon para verle aun, para decirle mil cosas que en aquel momento se la ocurrían, pero la pobre niña no pudo llegar al sitio á que se encaminaba: sus fuerzas la abandonaron y cayó desfallecida en los brazos de su madre.

Luisa! Luisa! exclamó don Francisco conteniendo sus lágrimas: no



piensas en el estado de tu pobre madre? ¿quieres acabar de matarla con tu dolor?

Yo! yo! gritó temblando la niña: ah! no! madre mia, que tome Dios mi vida en cambio de la vuestra, pero que me conceda verle aun otra vez.... un momento, un solo momento....!

Pronto volverá á tu lado, hija mia, dijo conmovida doña Leonor.

Muy pronto debe ser, exclamó la desconsolada esposa, si quereis que me encuentre viva.

VI.

**E**ra un bello dia de invierno, de aquellos dias de invierno que solo se conocen en Madrid, cuando Carlos entrando por la puerta de Atocha vió por primera vez aquella vida activa que circula, por decirlo así, en todas las calles de la coronada villa, y que sorprende de pronto al que viene de una tranquila ciudad de provincia.

Durante el viage su pensamiento ocupado solamente de Luisa no le habia permitido ningun género de distraccion, y apenas la vista grandiosamente pintoresca de Sierra Morena, que siempre llama la atencion aun de aquellos que la han contemplado muchas veces, logró sacarle un momento de su profunda tristeza. Pero al llegar á Madrid el movimiento y el bullicio vinieron á despertarle de su melancólico letargo, y acostumbrado ya á la silenciosa grandeza de Sevilla no pudo dejar de sorprenderse agradablemente con la impresion que le causó una poblacion sonora y animada. En el camino habia hecho conocimiento con un madrileño que volvia á su patria despues de dos años de ausencia, y el entusiasmo que la

vista de ella escitó en su alma no pudo menos de comunicarse por un instante á Carlos.

Hela allí! gritaba su compañero batiendo las manos de alegría: hela allí á la villa real, á la hermosa villa! con su brillante irregularidad, sus numerosos paseos, sus cuarenta y dos plazas, sus innumerables fuentes, sus gentes siempre afanadas como las hormigas. Madrid no es España: Madrid es Madrid: fuera de aqui no se vive. ¿Sabe vd. Silva, añadia dirigiéndose á Carlos, que yo he estado tambien en París, en los primeros años del imperio, y he estado en Lóndres, y Edimburgo, y Viena? Pues bien, en esas cortes extranjeras suspiraba por Madrid. Un español no puede vivir sin Madrid si una vez le ha visto: el

*Prado y la Puerta del Sol* son para él cosas tan necesarias para la vida, como el aire y el alimento. Salud mil veces, ¡oh reina de la Nueva Castilla!

El entusiasta madrileño preguntó á Carlos si pensaba hospedarse en fonda ó en casa particular, y conociendo por su contestacion que aun no tenia tomada ninguna resolucion respecto á esto, le propuso que viniese con él á un cuarto principal de una de las mejores casas de aquellas que en Madrid se conocen por *casa de huéspedes*, en donde por cincuenta reales diarios serian servidos á satisfaccion. Carlos aceptó y apenas salieron de la aduana se dirigieron ambos á la calle de Fuencarral, seguidos de tres robustos gallegos que llevaban al hombro sus male-

tas. Apesar de los elogios que durante el camino le habia hecho su compañero de viage, de la casa en que iban á habitar, parecióle á Carlos bien mezquina, acordándose de la elegancia y buen aspecto que presenta esta clase de establecimientos en Francia, aun en las ciudades de segundo órden. La distraccion momentánea que habia producido en él la llegada á Madrid desapareció tan luego como se vió instalado en una salita pobre de adornos, y asaz obscura para quien traia en la memoria las numerosas y rasgadas ventanas que en las casas de Sevilla permiten al sol inundar con su luz todas las habitaciones.

Carlos volvió á caer en su tristeza, y anhelando concluir cuanto antes el negocio que tan á pesar suyo

le habia conducido á Madrid, se vistió inmediatamente y salió con su compañero que se ofreció á acompañarle, para ir á ver á los albaceas de su difunto pariente é informarse de lo que tenia que hacer. Luego que hubo dado este primer paso que le infundió la esperanza de que no sería larga su permanencia en la corte, se dirigió á la casa de su prima política doña Elvira, para presentarla la carta que le habia dado su suegra y tia doña Leonor.

No habiéndola encontrado dejó la carta á su doncella con las señas de su habitacion.

Cansado, pensativo, preocupado, pero menos triste por la grata esperanza de volver pronto al lado de los objetos de su cariño, entró en su casa y se encerró para evitar el

impidiese su compañero pensar exclusivamente en Luisa.

Ya coordinaba en su imaginacion cuanto debia decirla en su primera carta; pues aunque le habia escrito desde Córdoba y Ocaña pareciale trascurrido un siglo desde que no la comunicaba sus pensamientos: sus pensamientos que todos eran por ella y para ella. Yo calculaba los dias que debería pasar sin verla y se trasportaba á aquel en que la sorprenderia arrojándose en sus brazos inesperadamente; ya en fin trataba de adivinar lo que ella haría, lo que pensaria en aquel momento, y al decirse á sí mismo;—;acaso llora! no pudo él tampoco detener sus lágrimas.

Embebecido en estos pensamientos estaba todavia, medio recostado

en un sofá, cuando llamaron suavemente á su puerta, y una criada de la casa pasó á anunciarle que una señora solicitaba verle.

Carlos pensó que no podia ser otra que doña Elvira y salió á recibirla, maldiciendo en su interior tan inoportuna visita.

No se engañaba: era efectivamente su prima política y bien ó mal procuró disimular su disgusto, para corresponder como era debido á su cariñosa urbanidad. Había oído á su padre y á su tia hablar repetidas veces de aquella dama sin prestar á sus discursos bastante atencion, y sin saber porqué se habia imaginado en doña Elvira una respetable matrona, con corta diferencia del tiempo de doña Leonor y don Francisco. Quedóse por lo tanto un poco

sorprendido al encontrarse con una muger de 30 años á lo mas, de graciosa figura y elegante porte, tan viva en sus maneras que apenas le vió corrió á abrazarle, haciéndole con extrema volubilidad un millon de preguntas.—¡Mi querido primo! ¡Cuanto placer tengo en conocer á un pariente tan próximo de mi difunto y eternamente llorado Silva! ¿Con que es vd. el hijo de su primo predilecto, de su amigo de la niñez, de su querido Francisco de quien me hablaba sin cesar? Mi marido era idólatra de su familia. ¿Y mi amable prima Leonor? ¡Qué carta tan innecesaria ha dado á vd! ¿Preciso era recomendarle á vd. conmigo? ¿No bastaba que me dijese simplemente, va á esa corte mi sobrino? Sin embargo, mucho placer he re-

cibido con su preciosa carta. ¿Con que está tan mal de salud la buena señora? Acaso la mudanza de aires la convendría: ¿por qué no se viene á Madrid? Y vd. primo mio, ¿será nuestro por mucho tiempo? Leonor me dice que le traen á vd. asuntos de intereses: será la herencia del primo, no es verdad? Creo que ha dejado muy embrollados sus negocios. ¡Qué hombre era tan original! Vd. no le habrá conocido.

Todo este raudal de palabras cayó sobre Carlos antes de que hubiese tenido tiempo para desplegar los labios, y aprovechó el primer momento de tregua para rogar á Elvira pasase á la sala.—En manera alguna consiento en ello, respondió con la misma vivacidad atolondrada que tenia atónito á Carlos: he

venido para llevármele á vd. ¡El hijo de don Francisco de Silva en una casa de huéspedes teniendo Elvira de Sotomayor la suya? Eso no puede tolerarse. ¡Y qué infames que son las tales casas de huéspedes en Madrid! Ya quedaban mis criadas disponiendo su habitacion de vd., y no hay que demorarnos pues son las cinco que es mi hora de comer. Allá abajo está mi lacayo que llevará su maleta de vd., así pues partamos.

Diciendo estas palabras se asió del brazo de Carlos y todo cuanto dijo para escusarse de admitir aquel obsequio, que en manera alguna deseaba, fue trabajo inútil. Elvira llevó hasta la obstinacion su empeño y Carlos tuvo que ceder á pesar suyo.

Entró, pues, con Elvira en su coche despues de despedirse de la ama-

dé casa y de su nuevo amigo, al que ofreció visitarle algunas veces, y se resignó á sufrir la forzosa compañía de su locuaz parienta los dias que permaneciera en Madrid.—Solo me faltaba el vivir con una muger atolondrada y habladora, pensó él, para que fuese completo el tormento de estar lejos de aquella que es la delicia de mi corazón.

Elvira, á pesar de la malísima gracia con que su primo le sostenia la conversación, no desmayó un minuto. Su pasmosa locuacidad dejaba al jóven estupefacto. En el corto espacio que divide á la calle de Fuencarral de la del Príncipe, en la cual estaba situada la casa de Elvira, espacio que corrió el coche con mas que mediana velocidad, hizo ella la enumeracion de todos los parientes

vivos y difuntos de su marido: relató todas las cartas que habia recibido de doña Leonor, habló de Madrid, de su casa, de sus hijos; de sus visitas, de sus criados, de sus caballos y hasta de sus gatos. Pasaba de un asunto á otro con una increíble volubilidad, decia mil naderías sin pararse á mirar si las oia Carlos, pero en medio de aquel flujo de palabras vacias, insignificantes, conservaba cierta gracia de lenguaje que haría que un auditorio menos preocupado que el que entonces tenia, la escuchase sin fastidio y aun con placer.

Por otra parte tenia, sin ser hermosa, un rostro muy agradable, y su carácter ligero, frívolo y atolondrado, daba á su fisonomía una gracia casi infantil.

— Cuando llegaron á su casa condujo á Carlos á un bonito gabinete con su alcoba, dispuesto para él. — Aquí, le dijo, estará vd. mejor que en casa de su gruesa patrona. ¡Jesus! y cuan pródiga de carnes ha sido la naturaleza con la buena muger! — Este balcon es un coche parado: la calle del Príncipe es de las mas concurridas de Madrid. Vea vd. el teatro, ¿le agrada á vd. el teatro? Yo soy entusiasta por la tragedia: prefiero la tragedia á la comedia: sin embargo las de Moratin me hacen reir como una loca. ¡Que graciosísimo personaje es el de doña Irene en *El sí de las niñas*! ¡Y su baron! ¡Ja ja! que solemnísimo tunante!

¿A qué hora acostumbra vd. comer? En provincia creo que se come temprano. Mi hora es esta, ¿le aco-

moda á vd? — Voy á mandar que se sirva la sopa, mientras tanto tome vd. posesion de su nuevo domicilio. Aquí gozará vd. de absoluta libertad; no quiero que en nada se contrarie vd.: salga vd. y entre cuando le acomode, reciba vd. á las personas que le agraden: tiene vd. un criado consagrado esclusivamente á su servicio.

Salió concluidas estas palabras y Carlos la siguió con los ojos, preguntándose á sí mismo si le sería posible acostumbrarse al trato de aquella muger.

Durante la comida Elvira habló mucho y dijo mil sandeces, pero Carlos creyó descubrir suma bondad y dulzura de carácter en medio de su escesiva ligereza. Tenia Elvira dos hijas pero ambas se educaban fuera de su casa, y aunque Carlos



júzgase al pronto aquello como un desprendimiento culpable en una madre, la visible emocion con que habló de ellas, la especie de orgullo que se pintaba en su semblante siempre que decia,—mis hijas,—le hicieron juzgarla con menos severidad.

Elvira le dejó á las siete para ir al teatro despues de hacerle inútiles instancias para que la acompañara, y Carlos apenas se vió solo se encerró en su gabinete para escribir á Luisa, aunque debian pasar dos días antes de que saliese el correo. ¡Qué cartas las primeras que se escriben dos amantes en su primera separacion! Un indiferente no pudiera leerlas sin reirse desde la primera línea. ¡Qué detalles! ¡qué minuciosidades! ¡Como un mismo

pensamiento se deslie de mil maneras, se reproduce bajo mil formas! ¡Cuanto papel empleado para no expresar en resumidas cuentas mas que una sola idea,—te amo!— ¡Cuanta profusion de dulces mentiras, que cree verdades el mismo que las escribe!—Y sin embargo, estas cartas tan cansadas y tan pueriles para los indiferentes, son la vida para un amante ausente: son mas que la vida, son la felicidad. Mientras se leen se cree, se ama, se espera, se goza: mientras se leen ellas llenan el vacío del mundo y del corazón.

Carlos empleó algunas horas de la noche en tan deliciosa tarea, y á las once tocó la campanilla y preguntó si habia venido Elvira. El criado se sonrió.—¡A las once! dijo: no señor, nunca viene la señora tan temprano,

después del teatro vá á la tertulia; pero tenemos orden de servir á vd. la cena cuando guste, y puede acostarse sin esperar á la señora pues acaso no venga hasta el día.

Carlos siguió el consejo: pidió una taza de té y se acostó en seguida rendido de cansancio, en el elegante lecho que le habían dispuesto, y en el cual el sueño le halagó dulcemente trasportándole á Sevilla al lado de su adorada Luisa.

El sueño es un gran encantador al cual todos debemos, unos mas otros menos, dulcísimos favores. Los poetas le han llamado muchas veces *amigo de los desgraciados*, y bien pudiera también invocarse con el nombre de *adulador de los amantes*. ¡Cuántas veces no engaña á la ausencia! ¡Cuántas no

se burla del rigor de la ingratitud! ¡Cuántas no nos venga del olvido!

Sonríe pues, dulce y silencioso Morfeo, á nuestro enamorado Carlos y embriégale con el aroma de tus inocentes mentiras; mientras que nosotros para no mirar los fantasmas de fuego del insomnio, tu enemigo, vamos á escribir fielmente todo lo que sabemos ó suponemos que hacía y pensaba Luisa, desde el momento en que perdió de vista al caro objeto de su primero y único amor.

VII.

Una de las particularidades que se observan en las personas afligidas ó tristes, es la sorpresa que les causa el placer ó la mera indiferencia de las demas. Cuando padecemos se nos hace difícil creer que nuestra pena no sea un mal general, y como que no se comprende que lo que és causa de nuestro profundo dolor

pueda ser un acontecimiento insignificante para otros.

Cuando Luisa dejó de ver á Carlos no fué solamente su corazon el que quedó vacio : parecia que lo estaba igualmente la casa que ya no habitaba, la ciudad que dejaba desierta. Antojábasele que, como si la ausencia de su marido fuese una calamidad pública, Sevilla habia tomado un aspecto de luto, y que el trastorno verificado en su felicidad era un trastorno universal. La voz de una vecina que cantaba al piano una alegre cancion andaluza, la hirió el oido y el corazon, y se dijo con una especie de dolorosa sorpresa.—¡Hay quien cante cuando él se ausenta!—Por la noche vinieron con la acostumbrada puntualidad doña Serafina y doña Beatriz, y Luisa

al verlas prorrumpió en amarguísimo llanto.—Eh! con que se ha ido Carlos? dijo una de las dos señoras: Ya lo dicen esas lagrimitas. Vamos, niña, no hay que afligirse que eso no vale nada. Un mes ó dos de separacion para despues verse con mayor placer. Vamos, vámos, añadió, enjugando con su pañuelo los ojos de Luisa, serenarse, pues ya que nos falta esta noche nuestro lector, justo es que su amada esposa le recímplace: de otro modo pasaríamos la noche bien sósamente. ¿No es verdad Leonor?

La he dicho lo mismo que vd., mi querida Serafina, pero esta niña se está haciendo en demasía mimosa: la culpa la tienen su suegro y su marido, que la han acostumbrado á salirse siempre con su gusto

y á no contrariarse en nada. Pues no, antes de casarse no era así Luisita, ni lo hubiera sido nunca si yo únicamente hubiera vivido siempre con ella. Pero los mimos, las adulaciones, las escesivas condescendencias....

Luisa aumentó su llanto y don Francisco se apresuró á defenderla llamando á su hermana cruel, injusta y dura.—¿No es natural, dijo, besando la frente y los cabellos á la llorosa niña, no es de natural que sienta mucho la primera separacion de su marido? ¿qué hay en esto de malo? ¿Es posible, Leonor, que de todo saques argumento para mortificar á tu hija y calumniar á tu hermano? Consuélate, hija mia, no llores mas: hazlo por mí, no hagas caso de lo que dice tu madre: su

propia pena la hace hablar así. No te allijas Luisita.

Y el anciano caballero conducía á Luisa lejos de la enferma para que ésta no notase el poco fruto de sus consejos.

Vamos, vamos, no se hable mas de esto, dijo á la sazón doña Beatriz, y a propósito de ausencias, ¿sabe vd. amiga Leonor, como nuestro buen amigo el cura don Eustaquio se nos marcha también á Madrid?—Cómo! es posible!—Si señora, le contaré á vd. la historia: porque es una historia el motivo de su marcha.—Diga vd., diga vd., exclamaron á un tiempo las dos señoras, y doña Beatriz comenzó su historia después de sacar su caja de oro con el retrato de lord Wellington, y ofrecer un polvo á sus oyentes.

Luisa sentada en un rincón del aposento procuraba serenarse; y don Francisco después de darla al oído algún consuelo con la seguridad de la pronta vuelta de Carlos, se acercó también á la narradora para oír la historia de la partida del padre don Eustaquio.

La conversacion se sostuvo mas de una hora sobre este asunto; luego se habló del tiempo frío que estaba haciendo, de las enfermedades que producía en Sevilla, según relato del médico de doña Leonor! de la madre abadesa de las capuchinas que padecía horriblemente todos los inviernos; de una visita que la habían hecho doña Serafina y doña Beatriz; de lo que pensaban hablar en otra visita que proyectaban hacer á la reverenda madre; en fin la no-

che se pasó con corta diferencia como las anteriores, y la pobre Luisa vió con sorpresa y dolor que lo que era poderoso á destruir su felicidad era un acontecimiento muy indiferente en sí. Mientras tanto ella apacentaba su dolor con la contemplacion de todos los objetos que le recordaban mas vivamente á su marido. La silla que acostumbraba ocupar, los libros que habia leído y que aun estaban esparcidos sobre la mesa.... Luisa notó que uno de ellos tenia marcada con una cintita la página última que habia leído Carlos, y tomó con disimulo la cintita que desde entonces no se apartó nunca de su pecho. Al despedirse las dos señoras no dejaron de repetirle los consuelos de costumbre, y doña Leonor la exortó despues

sériamente á moderar un exceso de sensibilidad peligroso sino culpable, habiendo conseguido con su discurso sino calmar el dolor de Luisa, hacerlo parecer estremado é injusto á sus propios ojos. Acostóse pensando en ello y diciéndose á si misma que era en efecto una locura afligirse tanto por una corta separacion, pero á pesar de sus exactos raciocinios su tierno corazon continuaba opreso de un sentimiento doloroso, y como que una voz interior la gritaba sin cesar que aquella separacion destruiria para siempre la felicidad de su vida.

¿Y por qué hemos de combatir como una locura los presentimientos? El corazon tiene un instinto particular y previsor, y muchas veces lo que nos parece una apren-

sion de la fantasía, suele ser el anuncio anticipado por él de una enorme desventura.

Desde el día que siguió al de la partida de Carlos todos los de Luisa fueron iguales, sin otro interés, sin otro objeto, sin otro pensamiento que el de recibir las cartas de su adorado; eran para ella otros tantos siglos los días que separaban á aquellos en que llegaba el correo de Madrid. La única ocupacion á que se entregaba sin repugnancia era á la de escribir larguísimos diarios para su marido, todo lo que no tenía relacion con él le era insoportable. Los cuidados que exigia el estado de su madre, cuidados que le eran tan dulces cuando los dividía con Carlos, llegaron á fatigarla. No era por esto menos diligente y esmera-

da en la asistencia de la enferma, pero no tenían ya sus acciones para ella la misma facilidad y dulce encanto. Esforzabase cerca de su madre en disimular su tristeza, y esta sujecion la hacia penosa la asistencia continua junto á ella. Muchas veces, despues de todo un día de violencia pasado á la cabecera de la enferma, procurando distraerla con conversaciones indiferentes, retirabase por la noche á su cuarto con el corazon hinchado de lágrimas, y se desquitaba de la sujecion del día consagrando toda la noche á escribir y á llorar. Su timidez natural parecia aumentarse con su tristeza, y ocultando sus penas, como una falta, apenas se atrevia á levantar del suelo sus hermosos ojos

casi siempre encendidos por el llanto.

Así ajábase su tez y enflaquecía visiblemente, en términos que al mes

la partida de Carlos, su hermosura había sufrido una notable alteración.

Sin embargo las cartas de su marido eran largas y frecuentes, en todas respiraba la misma pasión, el mismo dolor de no ver á su Luisa, en todas se la aseguraba de un pronto regreso, y en medio de sus penas la pobre niña no tuvo por lo menos la terrible y devorante de los celos. Una sola vez no se la pasó por el pensamiento la idea de que su marido pudiese amar á otra: nunca pensó en la posibilidad de que la ausencia entibiase el afecto que la había ju-

rado, y la menor sospecha respecto á esto la hubiera parecido un crimen.





VIII.

Carlos conoció que se había engañado al temer hallarse en incómoda sujecion en la casa de su prima política. Muchos dias pasaban sin siquiera ver á Elvira sino á la hora de comer, ocupada enteramente como lo estaba de sus numerosas visitas y diversiones, y cuando era invitado por ella á un rato de conversacion por las mañanas, no ha-

llaba tan insoportable como al principio la había juzgado, su voluble locuacidad.

Elvira era una persona tan dulce y complaciente, de trato tan franco y facil que no imponia ninguna especie de sujecion, y cuando se la había conocido lo bastante para hacer justicia á su buen corazon, se perdonaba facilmente la frivolidad y ligereza de su carácter. Carlos llegó hasta gustar de su insustancial y voluble cháchara, y no evitaba ya los momentos raros en que podia verla en su casa, pues aunque ella le instase repetidas veces á acompañarla á los teatros y tertulias que frecuentaba, se negó siempre á complacerla, alegando sus muchas ocupaciones y el poco gusto que sacaba de diversiones en las que

no habia de encontrar amigos ni conocidos. Elvira se chanceaba sobre su misantropía y se marchaba alegremente, sin darse por ofendida de su poca complacencia. Carlos admiraba aquel género de vida disipada tan distinto del que habia encontrado establecido en casa de su suegra, y aunque cada dia fuese tomando mas afecto á Elvira, juzgaba en general muy severamente á las mugeres que como ella hacen de la vida una partida de placer. El órden inmutable, la sensata economía que habia observado en casa de doña Leonor le parecian mas dignos de elogio cuando los comparaba al desarreglo que reinaba en la de Elvira, que por otra parte sabia Carlos no era bastante rica para que su fortuna resistiese mucho tiempo

á su abandono. Aquella ligereza con que una madre arruinaba alegremente á sus hijos, le parecia tan inconcebible como criminal. Carlos no quedó poco sorprendido cuando supo despues que aquella muger despilfarrada é imprevisora, en su concepto, habia salvado la herencia de sus hijas á costa de grandes sacrificios y privaciones, que habia satisfecho en pocos años deudas considerables que quedáren á la muerte de su marido, y que era tan activa y apta para hacer productivos sus bienes que sus dispendios siempre eran inferiores á sus rentas. Verdad es que quien dió á Carlos estos informes no olvidó indiciar, vaga y confusamente, que nadie creia que doña Elvira por sí sola hubiese levantado en poco tiempo su decaida fortuna,

y que era probable la hubiese auxiliado algun amigo poderoso. Mas esto no disminuyó el buen efecto que hizo en Carlos la relacion anterior, y desde entonces estimó sinceramente á su prima.

Procuraba, pues, un rato de conversacion con el mismo empeño que tuvo antes para evitarla, y aquella distraccion le era tanto más necesaria quanto que apenas salia de su casa cuando lo exigia el interés del negocio que lo habia conducido á Madrid. Solia por la mañana ir á encontrar á su amigo en la Puerta del Sol y pasearse con él un rato, y por las noches iba de vez en cuando á visitar á la esposa de don Eugenio de Castro, albacea de su difunto pariente, del cual eran herederos su padre y tia. A

nadie mas veia, con nadie trataba, y la ocupacion de escribir á Luisa, por larga que fuese, le dejaba muchas horas libres que no sabia en que emplear.

El dia en que cumplia exactamente un mes de su salida de Sevilla hallóse mas triste que de costumbre, y pensó para distraerse en rogar á Elvira le permitiese estar con ella aquel dia, pero cuando iba á pasar á su habitacion con este objeto, recibió una atenta esquela de la señora de Castro en la que le rogaba fuese á las cinco á comer á su casa, pues con motivo de ser aquel dia el de su cumpleaños habia convidado á varios amigos. Carlos que deseaba cualquiera novedad que disipase un tanto su profunda tristeza, aceptó la invitacion y fué exacto

en acudir á casa de don Eugenio á la hora designada. Sin embargo, bien pronto conoció que la sociedad en vez de distraerle aumentaba su disgusto, y durante la comida se esforzó en vano para imitar la jovialidad y estudiado buen humor de los convidados. Servíanse los postres y Carlos anhelaba el momento de poder evadirse sin llamar la atención, cuando la señora de la casa le dirigió una pregunta que le puso en la precision de disimular su impaciencia. ¿Va vd. esta noche al concierto que dá en su casa la condesa de S\*\*\*?—No tengo el honor de conocerla, respondió Carlos.

Como así! no conoce vd. á la condesa siendo la amiga íntima de su prima de vd., doña Elvira?—Y la mas hermosa y distinguida dama de

la corte,—añadió con viveza uno de los caballeros de la reunión. Sus palabras produjeron un movimiento simultáneo en las damas presentes, que se miraron unas á otras y se hablaron al oído con muestras de viva impaciencia, y algunas con sonrisa de desden. La señora de Castro tomó la palabra y con un tono irónico preguntó al caballero que habia cometido aquel crimen de lesa galantería, en qué sentido usaba el adjetivo *distinguida* aplicado á la condesa. En cuanto á su problemática hermosura, añadió sonriendo, no seré yo quien la analice.

La llamo distinguida, contestó algo turbado el caballero, en atención á sus brillantes talentos, sobresaliente educación, esquisita elegancia y bellisimas cualidades, que

por mas que quieran denigrarla sus envidiosas rivales....—El orador fué interrumpido por el sordo murmullo de muchas vocecitas, trémulas de indignacion, que repetian con fingido desprecio.— ¡Envidiosas! Envidiosas de la condesa!

Señoras, repuso mas y mas turbado el caballero, no ha sido mi ánimo ofender á nadie, y solo he querido decir que llamaba distinguida á la condesa por su....

pasmosa coquetería? dijo con viveza una soltera cincuentona, que sin duda en sus tiempos felices habia sido buen juez en la materia. Esta ingeniosa salida, pues por tal fué reputada, se celebró con estrepitosas risas que probaban las perfectas simpatías de la concurrencia femenina.

No niego, repuso el caballero, que la condesa es algo coqueta.... Algo! algo! repitieron en coro las señoras.— ¡Y no lo niega! Oh! qué concesion tan meritoria! no negar que la condesa es algo coqueta!— Y la risa y la burla se aumentaron en términos que el pobre caballero tuvo á bien abandonar el campo á sus contrarias, diciendo humildemente que su opinion no era infalible y que como amigo de la condesa no podia ser un juez imparcial.

Amigo de la condesa! dijo la dama que estaba á la derecha de Carlos, acercando su boca al oido de éste: ¿ Sabe vd. el origen de esa amistad? Pues no es otro sino que este caballero solicita un empleo, y la condesa tiene *vara alta*, segun

se dice, con el ministro.--Y vd. conde, añadió volviéndose á un jóven rubio que probablemente era su amante: ¿es vd. tambien campeon del distinguido mérito de la condesa de S\*\*\*? Yo, contestó con aire de suficiencia el interpelado, yo detesto á esas *mugeres hombres* que de todo hablan, que de todo entienden, que de nadie necesitan...--Oh! en cuanto á no necesitar de nadie, repuso maliciosamente una de las señoritas, vd. se engaña y no hace justicia á Catalina. ¿Cree vd. que pudiera pasarse esa deidad sin el culto de sus numerosos adoradores? Ya ve vd. que los busca con empeño.

Y los encuentra: añadió una casada, cuyo noveno amante la habia abandonado por la condesa, pero que no obstante, merced á su gran pru-

dencia y severas máximas, que sabia ostentar en las grandes ocasiones, pasaba por una virtud ejemplar. La condesa, prosiguió con refinada malignidad, es, digan lo que quieran, una muger poco comun. No hay en Madrid quien cante con tanto gusto y maestría como ella. La bailarina mas aplaudida de nuestros teatros no la aventaja en esta habilidad: me consta que dibuja y pinta con primor, y se dice que es tan instruida que sostiene con los hombres mas sábios cuestiones de moral, de religion y de política. Distinguida por todos los talentos no lo es menos por su carácter independiente, y yo dudo que exista en España muger de opiniones tan libres. Confieso que no puedo sufrir que se interprete siniestramente lo que en

ella pueda parecer equívoco: en tal caso yo me inclino siempre al lado favorable, y á veces prescindo de mis propias convicciones para tomar su defensa.

No es estraña, señora, dijo con respetuosa y añeja galantería un septuagenario, que aspiraba á consolar á la dama del abandono de su noveno infiel; no es estraña en vd. esa adorable indulgencia, muy propia de la acendrada virtud y caridad cristiana que á vd. distingue.

No ciertamente, repuso la dama con una humildad tan hechicera que le valió generales elogios: no creo que mi virtud sea tan rara en mi sexo que pueda distinguirme. Yo no soy en nada una muger notable, cedo ese honor sin pesar á la brillante condesa de S<sup>\*\*\*</sup> y me doy por

satisfecha con mi oscura medianía. Ella no me permite el constituirme juez de la conducta ni de las opiniones de los otros, y solo levantaré mi voz para predicar la indulgencia. En cuanto á la amistad que el caballero que ha promovido esta conversacion profesa á la condesa, digo que es muy natural y digna de excusa. Yo no me admiro que la condesa tenga muchos amigos, aunque confieso no la elegiría para amiga de mis hijas.

Pienso lo mismo que vd., dijo entonces una jóven de aspecto sentimental: la condesa es una persona de trato tan franco, tan fácil, tan ameno que debe agradar infinito á los hombres. Lo único que en ella censuro amargamente es que no use de algun miramiento, de alguna pru-

dencia...., en mi juicio solo el escándalo es imperdonable. Oh! yo respeto mucho la opinion.

Al oír estas palabras parece que algunos de los concurrentes se miraron sonriéndose con disimulo y con inteligencia, como si recordasen algun hecho que pudiera desmentir aquella asercion. Un caballero de los presentes se apresuró sin embargo á aprobar lo que acababa de decir la hermosa señorita. Era un afrancesado, acérrimo Bonapartista en el año de 1809, y legitimista y absolutista exaltado despues de 1814. Levantó con afectacion la cabeza, que hasta entonces mantuvo en la posicion mas propia para masticar cómodamente, y haciendo una imitacion graciosísima del acento defectuoso de un estrangero que habla

en castellano, dijo con decision.— Oh! esta señora tiene sobradísima razon y yo soy *de su aviso* en todo. El decoro en la muger y la consecuencia en el hombre: hé aquí cuales son las cualidades que yo aprecio en mas. La condesa de S\*\*\* no piensa y habla como debiera, y esta es una falta *remarcable*: y á la verdad que en esto es una excepcion de la regla general en la nacion en que ha nacido, porque las francesas son modelos de prudencia y saben muy bien atender á las conveniencias sociales. Yo, que conozco á la Francia mas que si hubiera nacido en su suelo, declaro que la condesa habrá sido en ella tan severamente juzgada como en España.

Vds. hablan con demasiado ri-



gor de la condesa, observó en este punto el dueño de la casa, y creo que el señor de Silva tiene vínculos de parentesco con esa señora.

—Todas las damas miraron á Carlos que habia oido en silencio la conversacion, y esperaron su respuesta con algun embarazo, como personas de buen tono que temen haber faltado á los miramientos sociales.

Pero Carlos habia oido demasiado bien lo que se habia dicho de la condesa para confesar su parentesco con ella, y poniéndose encendido contestó un *nó* breve y claro. — Pues ahora que no temo que se hiera á nadie, prosiguió el señor de Castro, me permitirán vds. que les pregunte, señoras, qué gran falta, qué escandalosa aventura ha habido en la vida de la condesa que tanto la ha

perjudicado en el concepto de vds.?

—Las damas vacilaron algun tanto, y se miraron como para consultarse la contestacion que debian dar á esta inesperada interpelacion. Por último, la mas viva tomó la palabra,— ¡gran falta! repitió: pues qué! las coquetas cometen grandes faltas? Tienen demasiado frio el corazon y demasiado ligero é inconstante el carácter para que puedan cometer grandes faltas.—La condesa es una muger muy sagaz, añadió otra, sabe hacer las cosas con mucho talento.

Creia, observó el señor de Castro, que vds. habian condenado á la condesa por imprudente, y encuentro una manifiesta contradiccion en....

Basta! interrumpió su señora, lanzando una mirada aterradora so-

bre su indiscreto cónyuge. No es necesario examinar los fundamentos de ninguna opinion. Siempre es justa cuando es general.

Carlos no pudo sufrir mas: estaba avergonzado de que la muger de quien se hablaba estuviese enlazada con su familia. Parecía que si en aquel momento se le presentase la volvería la espalda con el mas soberano desprecio, y sin embargo comenzaba á sentirse indignado contra sus detractores y mas de una vez se contuvo con dificultad para no insultarlos.

Pretestó hallarse indispuerto y obtuvo el permiso de marcharse.

Cuando entró en su cuarto el ayuda de cámara le advirtió que doña Elvira le esperaba en su tocador, y que habia encargado decirle que

tenia que hablarle. Carlos se presentó de mal humor á su parienta, á la que encontró delante de un espejo, magníficamente ataviada y dando la última mano á su tocado de baile —Bien venido, mi estimado primo, le dijo sin interrumpir su ocupacion, esperaba á vd. con impaciencia.—En qué puedo servir á vd. amable prima?—Oh! eso lo veremos despues, lo que ahora importa es que me dé vd. su voto sobre mi traje; ¿qué tal, me halla vd. bien? — Entiendo poco de esto, querida prima, no obstante me parece vd. muy hermosa.—Es la primera vez que le he oido á vd. galante con su querida prima: pere á propósito de parentescos, sin duda ignora vd. que hay en Madrid otra persona ligada á vd. como yo, por

alianzas con su familia, Catalina viuda del conde de S<sup>\*\*\*</sup> ha estrañado el saber que un hijo de don Francisco de Silva se halla en esta corte, y que no tiene aun el placer de conocerle.

Esta alusion no podia ser mas intempestiva. Carlos contestó disculpándose con excusas frívolas y casi insignificantes. — Aunque una persona severa y escrupulosa en punto á etiquetas, repuso sonriendo doña Elvira, no se daría por satisfecha con tales disculpas, yo que conozco á Catalina declaro que las estima suficientes, y en nombre suyo convidado á vd. para el concierto que tiene esta noche en su casa. — Prima mia, respondió con viveza Carlos, me es imposible aceptar ese honor: Agradezco á vd. y á la condesa

una atencion tan poco merecida, pero vd. no ignora que en Madrid me ocupa esclusivamente el asunto que me ha traído, y que soy ademas poco aficionado á reuniones. — La de la condesa será de las mas selectas: un dia cada semana dá conciertos en su casa, en la que reúne el círculo mas brillante de Madrid. — Esa es una razon mas para no ir, dijo friamente el jóven: debiendo ser corta mi permanencia en Madrid no trato de adquirir conocimientos, ni introducirme en ese círculo brillante que no debe gustar mucho por otra parte de un pobre mozo de provincia, que suspira por volver á ella. — Es vd. original, dijo riendo doña Elvira, y ya que me manifiesta con tan poco embarazo el deseo de dejarme, quiero ven-

garme obligándole á que confiese que no es Madrid una mansion tan insoportable como vd. juzga ahora. Esta noche debo asistir á la reunion de nuestra parienta y le embargo á vd. para que me acompañe. —Prima....—*Ohist!* no valen excusas: si vd. se negase á acompañarme me obligaría á no ir.—Irá vd. prima, la acompañaré aunque será ciertamente un sacrificio.—No hay modo de hacerle á vd. galante, lo veo, pero en fin, á pesar de esa brusca franqueza estoy cierta que agrada á vd. infinito á Catalina: solo de oirme referir algunos rasgos del singular carácter de vd. ha concebido una vivísima curiosidad de conocerle.—¿Con que segun eso vd. me quiere llevar á esa reunion como un objeto raro, curioso, destinado á ser-

vir de diversion á la brillante condesa de S\*\*\*?

—Primo, es vd. insufrible algunas veces: ¿de donde ha sacado vd. esa consecuencia....?

—No se enfade vd. dijo Carlos sonriéndose, estoy pronto á ir con vd. á donde guste conducirme, y no compraria caro el placer de darla esta prueba de mi obediencia, aun cuando hubiese de ser el objeto de la burla de veinte coquetas.

—Es vd. severo con mi amiga, Carlos, y no conociéndola ignoro en qué se funda para creerla una coqueta.

—No he dicho tanto, señora, he hablado en general.

—Pero vamos, confiese vd. que algo ha oido que le haya inducido á

no formar de Catalina el concepto mas ventajoso.

—Prima mia, hoy por la primera vez he oido hablar de la condesa, y las personas que sostuvieron esta conversacion convenian todas en concederla el mérito de un talento brillante y de una finísima educacion.

—Es poco.

—Se sabe generalmente segun creo, que la condesa cultiva todas las artes con éxito.

—Tambien habrán dicho á vd. que es hermosa.

—Asi opinaron algunos.

—Que su trato es hechicero.

—Si.

—Y en esa larga conversacion, de que parece fué el objeto Catalina, no dejarian de atribuirsele defectos, poderosos á deslucir todo el

mérito que no podian negarla.

—Veo, querida prima, que vd. conoce perfectamente la sociedad en que vive.

No, no tanto como Catalina, pero en fin, veamos si adivino. ¿No han dicho que la condesa es ligera, inconsecuente, burlona y frívola?—Se dijo algo mas. —Mas! veamos pues.

—No quisiera creer que la muger á quien un pariente de mi padre dió el título de esposa, fuese reputada la mas fria y sagaz de las coquetas.

—Ah! es eso todo? dijo riéndose Elvira: y bien, si asi fuese tanto mejor para su marido. Todo el mundo sabe que el conde nunca tuvo celos.—No tuvo celos!—No: la muger que necesita los homenajes de

todos no concede preferencia á ninguno.

—Y el conde veia friamente á su muger buscar y aceptar esos homenajes?

—El conde, mi querido Carlos, era un hombre de mundo.

Confieso, señora, que no comprendo esa especie de hombres: en cuanto á la condesa ya pudiera reunir á todos los talentos, todas las gracias de su sexo, que yo jamás podria querer ni estimar á semejante muger.

Severo por demas está vd. dijo Elvira, y no quiero aumentar el mal humor que parece se ha posesionado de vd. esta noche. Voy á la comedia: le dejo á vd. para que se disponga. Dentro de tres horas vendré á buscarle para llevarle á casa de

la condesa, y espero reconciliarle á vd. con ella.

Carlos la llevó al coche y volvióse á su habitacion asáz disgustado del compromiso en que se veia de acompañar á Elvira.

Mientras llegaba la hora señalada por esta, ocupóse escribiendo á su esposa una estensa carta, cuyo párrafo mas notable era este.

—«Esta noche asistiré por primera vez á una reunion de Madrid, no habiendo podido excusarme de acompañar á nuestra prima Elvira. La reunion es en casa de la condesa viuda de S\*\*\* muger que inspira á nuestra amada madre una desafeccion instintiva, que creo verá justificada, pues por todo cuanto he oido respecto á su carácter, la condesa, Luisa mia, no se parece en

nada á mi angelical compañera, ni á nuestra respetable mamá.»

Cerró esta carta que terminaba con los juramentos de costumbre de amor eterno, inviolable fidelidad etc. etc.; mandola á la estafeta y se vistió de mala gana para esperar á Eivira. No tardó ésta en llegar: mandó llamar á Carlos sin bajar del coche, y apenas hubo éste entrado en él cuando empezó á inundarle con elogios de la condesa, pero debemos confesar que estos elogios no eran de naturaleza que pudieran recomendarla en el concepto de Carlos.

Numeró Eivira con su genial locuacidad todos los adoradores de su amiga, ponderó su influjo sobre varios personajes de la corte, influjo tanto mas admirable cuanto que la condesa hacia profesion de opinio-

nes contrarias al gobierno actual. Elevó á las nubes el talento, la amabilidad y discrecion de Catalina, y refirió como peregrinos rasgos de ingenio, algunas travesuras con las que se burlaba de sus adoradores.

Es una muger singular, dijo, ha sabido inspirar violentas pasiones sin participarlas nunca: no ama sino á sus amigos: la amistad es su ídolo: su corazon es inaccesible al amor, y por eso juega con sus amantes como con las piezas de su ajedrez. Nadie sabe como ella desconcertar á un temerario, humillar á un soberbio, hacer desatinar á un sábio y prestar mérito á un tonto. Ella se rie de todos sin malquistarse con ninguno. Nadie tampoco se venga con tanto talento de una rival celosa, obligandola al mismo tiempo con

devolverla, cargado de desdenes y de ridículo, al amante que le habia robado, Oh! es una diversion seguirla en el océano de sus coqueterías, y ver con que calma y serenidad presencia desde el puerto las tempestades que escita.

Es decir, repuso Carlos con irónica sonrisa, que es un verdugo insensible que se hace una fiesta de las convulsiones de sus víctimas.

No por cierto: Catalina tiene un bellissimo corazon, pero dice ella, y con razon, que es una habilidad útil y permitida la de saber volver contra nuestros enemigos las armas con que quieren herirnos. Pero nada tiene de cruel, oh! es una persona buena y caritativa. Su dinero y su amistad están á la disposicion de todo el mundo, y su trato es tan fácil, es

tan franco....! Es tan poco irritable su amor propio, que rarísima vez se consigue ofenderle. Su indulgencia es tan grande, se halla siempre tan dispuesta á perdonar, que muchas personas la creen muy humilde. Pero ¿no le parece á vd. Carlos, que esta especie de indulgencia tan lata con los defectos de los hombres, es hija de un desmedido orgullo? Catalina tiene tan íntima conviccion de su superioridad unida tal vez á una tan exagerada idea de la imperfeccion humana, que su bondad para con todos á veces me parece mas bien desprecio que generosidad.

No puedo ahora juzgar á la condesa, dijo Carlos con desdén, ni creo que jamás me intimaré lo bastante con ella para conocerla á fondo.



Hablando así llegaron Elvira y Carlos á casa de la condesa, y apesar del disgusto con que aquel asistía á la fiesta, no pudo menos de sentir una grata impresion al entrar en la sala resplandeciente de luces y de hermosuras. Todo en casa de la condesa llevaba el sello del buen gusto y de la mas esquisita elegancia: todo lo que se veia y aun el aire que se respiraba en aquel recinto estaban como impregnados de perfumes. La sociedad que la condesa reunia en su casa era la mas selecta y brillante de Madrid, y habia introducido aquella especie de franqueza delicada y elegante sencillez que hace tan fáciles y amenas las tertulias de París.

Carlos no pudo dejar de confesarse á sí mismo al verse en medio

de aquel brillante círculo, que á falta de felicidad real la imaginacion, y aun el corazon, debian necesitar de aquel embriagador perfume del lujo y de la armonia, de aquellas fugaces impresiones que no dejan lugar al fastidio evitando la meditacion. Elvira presentó á Carlos á la condesa, que se habia adelantado algunos pasos para recibirlos, y no obstante los motivos de queja que Catalina debia encontrar en las desatenciones de Carlos para con ella, su acogida fué tan lisongera y graciosa que se avergonzó él de aquella indulgencia que le hacía mas culpable. Hallóse embarazado y casi confuso, y el vivo carmin que tiñó por un momento su tez, dió á sus soberbios ojos mas animacion. Todas las damas que se hallaban cerca parecie-

ron admiradas de su espresiva y varonil hermosura, y aunque se advertía cierta timidez en sus maneras, era tan noble y magestuoso su aspecto que aquel defecto parecía contribuir á hacerle mas amable. La condesa fijó en él por un momento su mirada, pero habiendo encontrado la suya desvióla, y Carlos pudo entonces examinar por primera vez á aquella célebre estrangera. La estatura de la condesa apenas era mediana, y sus formas mas notables por la delicadeza que por la perfeccion. No hubiera sido una hermosura entre los egipcios, ni debia agradar á aquellos hombres que gustan de un exterior robusto y exuberante de salud, por decirlo asi. Era delgada, y aunque su espalda y garganta eran muy bien for-

mad-s, y su talle estremadamente gracioso, se advertia á primera vista que carecia de aquella magestad voluptuosa que tienen comunmente las mugeres corpulentas. No tenia tampoco una fisonomía pronunciada: la rapidez de sus sensaciones se pintaba en su semblante, cuya espresion era tan fugaz, tan variable, que en un momento la prestaba diferentes fisonomías. Sus grandes ojos pardos, centelleantes de ingenio, tenian naturalmente una mirada rápida y casi deslumbradora, pero cuando esta mirada se fijaba, era difieil defenderse de la impresion que producía su espresion á la vez altiva y apasionada. Por lo demas nada habia en ella de sobresaliente, sus facciones no eran académicas, y solo cuando se animaba en la con-

versacion, se podia conocer el admirable efecto de su conjunto. Era de notar que apesar de la rara movilidad de aquel rostro, y del gracioso desgarbo que habia en toda su persona, la forma de su cara y la posicion natural de sus labios, le daban, cuando estaba distraida, un gesto admirable de aristocracia, y que sin ninguna afectacion habia en sus maneras una como inesperada dignidad, mezclada con el mas amable abandono. El traje que llevaba era apropósito para realzar aquel género de hermosura, pues consistia en un vestido de encaje sobre raso de un color de rosa caido, que convenia al de su tez blanca, pálida y casi transparente, y entre su profusa cabellera negra, se entrelazaban con aparente descuido

gruesos hilos de perlas. Su pie, calzado con raso blanco, podia competir con el mas pulido de una gacitana, y sus manos, cubiertas de un ligero y perfumado guante, eran pequeñas y lindas. Carlos se decia á sí mismo, al examinarla, que á nó ser tan bella como Luisa, ninguna muger podria parecer mas seductora pero sin embargo no cometió la profanacion, que tal hubiera sido en su concepto, de hacer ningun género de comparacion entre la amable y elegante figura que estaba mirando y la imagen celestial que tenia grabada en su corazon. Acaso en el instante mismo que admiraba las gracias de la condesa, el recuerdo querido de su idolatrada compañera, vino á turbar su pasagera distraccion, pues

Elvira que le seguía con los ojos, le vió apartarse hácia el extremo de la sala y sentarse en el parage menos visible con aire melancólico y pensativo. Mira á nuestro sevillano, dijo entonces sonriendo á la condesa, mira como vá á buscarse una soledad en medio de un baile. No puedes formarte idea de un carácter mas esquivo y uraño, y es lástima á la verdad, pues convendrás conmigo én que es muy guapo.

—Sí, contestó con una especie de gracioso desden, no es desagradable.

—No es desagradable!... muy parca eres en tu aprobacion, prima, repuso Elvira fijando en Carlos los ojos, y creo que serás la primera muger que no le crea digno de una calificación mas lisonjera. Has visto

en tu vida, amable descontentadiza, unos ojos mas bellos, un cuerpo mas airoso, unas formas mas perfectas?

—No he reparado en verdad, respondió la condesa arrojando una rápida ojeada hácia el objeto de la conversacion, y añadiendo en seguida. ¡Pero qué insoportable impertinencia, querida mia! retirarse como fastidiado cuando aun no hace diez minutos que se halla en nuestra sociedad!

—No te habia advertido que es un original, una mezcla de orgullo, de timidez y estravagancia?

—Oh! tu protegido, querida Elvira, me parece un fátuo de provincia solamente.

—Te engañas: de nada tiene menos que de fatuidad: si le tratarás

ya verías que tiene talento, imaginación, y sobre todo modestia, aunque con bastante mérito para que pudiese perdonársele el carecer de ella. Pero veo que es ciertísima la ley de las simpatías y antipatías; pues tu, tan indulgente con todo el mundo, juzgas desventajosamente á primera vista á un jóven que yo pensé te habia de fascinar, y él aun sin conocerte te cobró una insuperable aversión.

—¡Cómo! dijo la condesa volviéndose con viveza hácia su interlocutora: ¡á mí! insuperable aversión!

— Quiero decir, que lo que habia cido de tu carácter, le previno tan fuertemente en contra tuya que no te perdonaba el atrevidillo ni aun á favor de tus talentos y gracias, y no me ha costado poco trabajo el

obligarle á que me acompañase á tu casa.

—Es posible! dijo la condesa, volviendo á mirar á Carlos, que aun permanecía en su actitud pensativa, y desviando lentamente su mirada tornó á fijarla en Elvira, con una espresion de interés.

—¡Pues qué! tan peligrosa me juzgaba?

—Peligrosa! nada de eso: si te he dicho que es un original: ¿sabes lo que me decia hablando de tí esta noche?

—Qué te decia? preguntó con viveza la condesa.

—Que jamás podría amar ni estimar á semejante muger.

—La tez de la condesa se encendió ligeramente y su fisonomía en aquel momento trasparenteó, por de-

cirlo así, un mal reprimido despecho.

—Tan mal le han hablado de mí! pues qué le han dicho?

—Necedades. Pero él parece enemigo declarado de la coquetería: Oh! es un hombre que tiene poblado el cerebro de sueños de entusiasmos, y que habla sin cesar de amor, de felicidad, de virtud.

—Ah! dijo la condesa sonriendo con tristeza. ¡Cree en el amor, en la virtud, en la felicidad....! que feliz es!

—Cree en todo, menos en que haya algo grande y bueno en el alma de una coqueta. Es severo, muy severo en sus juicios, aunque tiene naturalmente un fondo de bondad que me encanta.

—Tiene entusiasmos! repitió con

distracción la condesa: cree en el amor y en la felicidad....! hace bien entonces en despreciar á los corazones desgastados ó frios, hace bien.

—Y su mirada que volvió á dirigir á Carlos, se mantuvo fija en él, mientras decía Elvira con su natural volubilidad. Es triste además, siempre está pensativo aunque nunca de mal humor: y te aseguro que tiene un bellissimo corazón. Escepto de ti de nadie le he oído hablar mal: cualquier cosa le conmueve: y en medio de esa aparente esquivéz y urañería es en el trato íntimo la persona mas dulce y complaciente, en fin....

—Catalina no le dejó acabar la comenzada frase.—Elvira, la dijo, pasado mañana es tu día, si mal no me acuerdo, y te ofrezco ir á comer

contigo. Quisiera que no tuvieras convidados, que estuviéramos solas. *El* podrá estar sin embargo, vive contigo y es forzoso: pero nadie mas. Me darás ese placer?

—Con mil amores, prima mia, pero temo que tendreis ambos, quiero decir tú y Carlos, un mal rato, sino podeis vencer la recíproca antipatía que parece os divide.

En aquel momento comenzó el concierto, y la condesa desentendiéndose de las últimas palabras de su amiga pareció prestar toda su atención á la música. Carlos permanecía en la misma actitud y como enteramente extraño á cuanto le rodeaba. Oh! en aquellos momentos su imaginacion estaba en Sevilla. Cantaron sucesivamente algunas señoras y caballeros de la

reunion, y Carlos apenas daba las señales de aprobacion que exigia la urbanidad, volviendo en seguida á su primera distraccion. Por último vinieron á rogar á la condesa que cantase, y se dejó conducir al piano sin apartar los ojos del rincon en que se habia sentado Carlos, y colocándose de modo junto al piano que pudiese continuar mirándola. Eligió una ária de Rossini, y su voz tan entera y armoniosa fué un poco débil é insegura al principiar el canto. Mas venció pronto tan inesplicable emocion, y su admirable talento y sus grandes facultades, recobraron su indisputable superioridad. A los ecos deliciosos de su canto levantó Carlos los ojos hácia ella y no pudo ya apartarlos. El rostro de la

condesa era divino mientras cantaba. Jamás facciones tan espresivas acompañaron á una música deliciosa. Mientras cantó Catalina, Carlos no respiraba, subyugado completamente por el poder de la armonía. La música que ejecutaba no tenia nada de patética, y mas bien podia llamarse brillante que apasionada: pero hay aun en la alegría espresada por el canto, una indefinible impresion de melancolía. Aquella dicha fugaz, como todas las dichas de la tierra, deja en el alma una impresion de tristeza, y como que quisiera el oido detener en el aire los sonidos halagüeños, que semejantes á las ilusiones de la esperanza, se desvanecen en el momento en que creemos gozarlos.

Cuando cesó de cantar Catalina

rodeáronla sus numerosos adoradores, cuyos estrepitosos aplausos parecieron á Carlos una muy vulgar y mezquina manifestacion del entusiasmo que debia sentirse oyéndola. Por un movimiento involuntario, acercóse algunos pasos aunque sin ánimo deliberado de hablar á la condesa. Esta, que aunque ocupada en corresponder á las galanterías de sus admiradores, no perdía uno solo de los movimientos de Carlos, se volvió hácia él como para animarle con su mirada, pero aquella mirada produjo un efecto precisamente contrario al que se proponia. Carlos que vió se habia notado en él volvióse inmediatamente á su puesto, y Catalina no pudo reprimir un movimiento de despecho.



Las damas quisieron walsar y Catalina que descaba ostentar delante de Carlos su admirable habilidad, condescendió gustosa. Eligió por su pareja al jóven marqués de \*\*\* que segun se decia, era entonces su predilecto adorador, y ambos llamaron la atencion por su superioridad en el baile. Catalina se detuvo al pasar delante del sitio en que habia visto á Carlos al comenzar el wals, pero al buscarle sus ojos vieron vacia la silla que habia ocupado.

Carlos se habia marchado del salon, y un observador hubiera fácilmente conocido que la condesa bailó desde aquel momento con menos animacion. Concluido el wals, salió ella tambien fuera de la sala y encontró á Carlos en una galería apoyado en el antepecho de una

ventana, y al parecer bien ageno de todo lo que pasaba á pocos pasos de él. Acercose lentamente Catalina, y al llegar junto á él dijole con una voz tan dulce que renovó la impresion que habia producido con su canto.—Parece que el señor de Silva no es aficionado al baile: ¿querá por ventura darnos el placer de servirnos de terció en una partida de tresillo?

—Volvióse Carlos, y entonces por la vez primera oyó su voz la condesa. Estoy tan ignorante de toda clase de juego, señora, la dijo, que no puedo aceptar ese honor.

La condesa tomó una silla que colocó junto á la ventana, y sentándose en ella invitó á Carlos con la mano á ocupar otra que estaba á su lado.

Creo que hace algunas semanas que está vd. en Madrid, y sin embargo no recuerdo haberle visto ni en paseo ni en teatros. ¿Mi amada Elvira se descuida en proporcionar á vd. distracciones? En ese caso yo celebraría poder enmendar su falta. Tengo palco en el teatro del Príncipe y me sería de mucha satisfacción que vd. aceptase un asiento en él.

Carlos dió gracias con bastante sequedad, y manifestó que se hallaba demasiado ocupado del asunto que le había conducido á la corte para poder pensar en distracciones. La condesa le preguntó por su familia, á la que dijo se envanecía de pertenecer; y Carlos pudo conocer, sin embargo, que estaba muy poco enterada en todo lo concerniente á ella. Contestó lacónicamente á sus

preguntas, y como si se hallase embarazado con la conversacion de Catalina, aunque esta fuese la mas sencilla y fácil, manifestó en seguida que deseaba volver junto á Elvira, para saber de ella, si quería ya retirarse.

Catalina le dejó entonces y volvió al salon á tiempo que Carlos y Elvira salian de él.

--Me marchó, amiga mia, dijo ésta, porque mi compañero empieza á fastidiarse grandemente en tu brillante tertulia, pero para compensarme del disgusto de dejarte tan temprano, ya sabes que te espero á comer pasado mañana.

La condesa despidió afectuosamente á Elvira, pero su saludo á Carlos fué mas frio y seco de lo que debia esperar éste, en vista de

la amabilidad que habia usado con él durante la reciente conversacion. Como estaba presente el marqués de \*\*\* atribuyó la reserva de la condesa al temor de disgustarle, pero cuando comunicó su observacion á Elvira, ésta se rió á carcajadas. — Catalina guardar consideraciones á su amante! qué locura, querido Carlos. Ella es reina despótica, que no tiene que dar cuenta de sus acciones á nadie, y cuyos caprichos son leyes para la humilde grey de sus adoradores. Además, el marqués es un amable calavera, que no aspira á mas que á poder adornarse en los salones con el título de amante de la condesa de S\*\*\*. ¿Piensa vd. que la ama? ¡Qué necedad!

Carlos creia soñar: una muger que permitía se llamase su amante

un hombre á quien no respetaba: un hombre que tomaba por gala la caprichosa preferencia de una coqueta á quien no amaba: otra muger que hablaba de tan inconcebibles relaciones, como de una cosa naturalísima...., todo esto le parecía tan raro y escandaloso, que durante el camino guardó un obstinado silencio, como si temiese el ser iniciado en los secretos mezquinos de aquella brillante vida de la corte.

Sin embargo no fueron estos pensamientos los que le desvelaron aquella noche. Pensó en su esposa, en su padre, en su apacible é inocente felicidad doméstica, y se prometió á sí mismo dejar cuanto antes á Madrid y sus corruptores placeres.

FIN DEL TOMO PRIMERO.





